

E. IBSEN

LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD

DRAMA EN CUATRO ACTOS

José Farran

20



LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD

Tirada especial de 50 ejemplares, numerados en papel de hilo.

Imp. F. Badia, Dr. Dou, 14

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO = Vol. III

E. IBSEN

LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD

DRAMA EN CUATRO ACTOS

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

JOSÉ FARRÁN Y MAYORAL



LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1903.

ESCENA PRIMERA

KRAPP y AUNE

Krapp.—¡Oh! ¿Llamaba usted?

Aune.—Sí; he recibido recado del cónsul diciendo que desea hablarme.

Krapp.—Es cierto, pero no puede recibirle á usted. Me ha encargado que...

Aune.— ¿A usted?... Sin embargo yo quisiera...

Krapp.—Me ha encargado que le diga á usted, que ponga fin á las conferencias que dá cada sábado á los obreros.

Aune.—¡Como! Yo pensaba que se me permitía consagrar mis horas libres á...

Krapp.—No se le permite consagrar sus horas libres á imbuir el descontento entre los obreros. El sábado pasado, les habló usted de los daños que les ocasionan nuestras nuevas máquinas y nuestra nueva distribución del trabajo en los talleres... ¿con qué propósito?

Aune.—Con el propósito de ser útil á la sociedad.

Krapp.—¡Ya me lo figuro! Pues mire usted, el cònsul dice que de ese modo se la desorganiza.

Aune.—Mi sociedad no es la del cónsul, señor Krapp, y yo, como presidente de la unión obrera debo...

Krapp.—Ante todo usted representa en el ta-

ller al cónsul Bernick! Ante todo tiene usted que cumplir con su deber para con la sociedad del cónsul Bernick, pues él nos mantiene á todos. Y ahora, ya sabe usted que tenía que decirle el cónsul.

AUNE.—El cónsul no me lo hubiera dicho de esa manera señor apoderado; pero ya sé á quien dar gracias por esa lección. A los malditos marineros americanos. Esa gente quiere que aquí todo el mundo trabaje como ellos trabajan y que...

KRAPP.—Bueno, bueno, bueno. No tengo que discutir más sobre este asunto. Ahora ya sabe usted la opinión del cónsul. Haga usted pues, el favor de volverse al taller, pues sin duda alguna está haciendo falta allí. Al momento soy con usted. Con su permiso señoras.

(Saluda, atraviesa el jardín y sale á la calle. Aune se va por la puerta de la derecha. Rorlund que durante la conversación, ha seguido leyendo en voz más baja, termina poco después y cierra el libro con bastante ruido.)

ESCENA II

RORLUND, Sra. RUMMEL y su hija, Sra. HOLT y su hija, Srta. MARTA BERNICK, Srta. DINA DORF, Sra. LYNGE.

RORLUND.—La historia ha terminado, venerables señoras.

SRA. RUMMEL.—¡Oh! ¡y qué instructiva es!

SRA. HOLT—¡Y qué moral!

SRA. BERNICK.—En verdad que un libro así sugiere muchas reflexiones.

RORLUND.—Es una benéfica oposición á las producciones diarias de la prensa. ¿Qué se oculta, sinó la podredumbre y la nada, bajo las apariencias brillantes y disfrazadas de que tanto se envanece la sociedad? Fáltale moralidad. No es sinó un sepulcro blanqueado.

SRA. HOLD.—Es verdad.

SRA. RUMMEL.—Basta con mirar á los marinos americanos que se encuentran actualmente en nuestra ciudad.

RORLUND.—Y no hablo ya de esa espuma de la sociedad, no; pero ¿que es lo que ocurre en las mismas clases directoras? La duda y la turbación están en todas las almas, la desconfianza en todos los espíritus Consideren como desaparece la vida en familia. Vean con que audacia se rebelan en ella contra las verdades más sagradas.

SRTA. DINA.—*(Sin levantar la vista.)* Sin embargo, ¿acaso no se realizan muy buenas y grandes cosas?

RORLUND.—¿Buenas y grandes?... no entiendo.

SRA. HOLT —Pero Dina por Dios ..

SRA. RUMMEL.—*(Al mismo tiempo.)* ¿Pero que estás diciendo Dina?

RORLUND.—No creo que fuera conveniente introducir entre nosotros esas grandezas ni esas hermosuras; y debemos dar gracias á Dios porque las cosas se mantengan aquí conforme están. Es verdad que crece un poco de cizaña por entre las mieses sanas,

pero esforcémonos por arrancarla. Tengan ustedes presente señoras, que todos por igual debemos velar porque nuestra sociedad se mantenga pura, y por desterrar bien lejos de ella el espíritu de rebelión, pues le prepararía días funestos.

Sra. Holt.—¡Ay! ¡Ya tenemos por desgracia más de los que fueran necesarios!

Sra. Rummel.—Sí, en poco estuvo que el año pasado no se hiciera pasar la vía férrea por aquí.

Sra. Bernick. — Por fortuna Bernick pudo impedirlo.

Rorlund.—No, sino la Providencia. Esté usted segura señora Bernick, de que su marido no fué sinó un instrumento puesto en sus manos, aún en los momentos en que más parecía negarnos su favor.

Sra Bernick.—¡Y cuantas cosas desagradables á él dirigidas ha tenido que sufrir de los periódicos!... Pero, ya nos olvidábamos de darle á usted las gracias, señor vicario. Harta complacencia es, el sacrificarnos una parte tan grande de su tiempo.

Rorlund.—Pero por Dios señoras .. ¡Si estoy de vacaciones!

Sra Bernick.—No importa, pero eso no implica que haga usted un verdadero sacrificio.

Rorlund.—*(Acercando la silla.)* No se hable de eso mi señora Bernick. ¿Acaso no harían ustedes todas un sacrificio para llevar á cabo una buena obra, y por ventura no lo harían ustedes de buena gana y hasta con verdadero regocijo? Esa pobre gente, tan

corrompida, por cuya salvación trabajamos nosotros, debe ser mirada hasta cierto punto como soldados heridos en el campo de batalla. ¡Ustedes señoras, ustedes, son las enfermeras, las hermanas de la Caridad que disponen las hilas, vendan las heridas, curan y consuelan!

SRA. BERNICK.—¡Debe de ser una gracia particular de Dios, eso de ver las cosas bajo un aspecto tan lisongero!

RORLUND.—A veces esa gracia es innata, en efecto; ¡pero también se puede adquirir! Basta con ver la vida á la luz del deber. ¿Qué le parece á usted señorita Bernick? ¿No siente usted mayor felicidad desde que se consagra usted por completo á los cuidados de su escuela?

SRTA. MARTA —No sé que contestarle á usted. A veces cuando voy à las clases me pongo á imaginarme que estoy muy lejos de aquí, en medio de un mar tempestuoso.

RORLUND.—Considere usted querida señorita que ahí están las tentaciones culpables, los huéspedes turbulentos que hay que arrojar de sí. El mar tempestuoso de que usted habla en sentido figurado, no es sino esa sociedad tan llena de abismos en la cual tantos y tantos han naufragado. ¿Siente usted, realmente, ganas de vivir esa vida cuyo sordo rumor oye usted á lo lejos? Con solo echar una mirada á la calle, verá usted que está llena de gente, que en medio de un calor ardiente, corre abrumada bajo el peso de sus mezquinos cuidados! ¿No estamos mejor, por ventura, sentados cómodamente

alrededor de esta mesa, en este salón impregnado de frescura y de espaldas á la tormenta?

SRTA. MARTA.—Sí, sí, tiene usted mucha razón.

RORLUND.—En esta casa tan buena, tan hospitalaria, donde reinan la concordia y la paz, donde la vida de familia se nos muestra en su más alta encarnación. *(A la señora Bernick.)* ¿Qué está usted mirando señora?

SRA BERNICK.—*(Señalando á la habitación de su esposo.)* ¡Qué ruido mueven!

RORLUND.—¿Ocurre algo de particular?

SRA. BERNICK.—No sé; alguién está con mi esposo.

ESCENA III

Dichos, HILMAR

(Por la puerta de la derecha, entra Hilmar Tonnesen con un cigarro en la boca y queda cortado.)

HILMAR.—¡Oh! ¡Ustedes dispensen! *(Hace ademán de retirarse.)*

SRA. BERNICK.—No te vayas Hilmar, puedes quedarte; no nos molestas. ¿Querías algo?

HILMAR. — No, nada... sino que pasaba y... Buenos días. *(A la señora Bernick.)* Bueno, y como va á quedar eso?

SRA. BERNICK.—¿Qué?

HILMAR.—Bernick ha citado para una reunión...

SRA. BERNICK.—¿Ah, si? ¿y de qué se trata?

HILMAR.—De lo de siempre: de esa línea férrea; ¡Una verdadera tontería!

SRA. RUMMEL.—¿Como puede ser eso?

SRA. BERNICK.—¡El pobre Bernick va á sufrir aún, nuevos disgustos.

RORLUND.—¿Pero como puede ser eso, señor Tonnesen? Bien claro les dijo el señor Bernick el año pasado que no quería nada con su vía férrea.

HILMAR —Si, es verdad; pero Krapp acaba de referirme que ha salido á relucir otra vez ese asunto. En este momento, Bernick está conferenciando con tres rentistas de la población.

SRA. RUMMEL.—Sí; ya me parecía oir la voz de mi esposo.

HILMAR. — Allí está naturalmente el señor Rummel con el señor Sandstad y con don Miguel Wiegeland aquel á quien todo el mundo llama don Miguel.

RORLUND.—¡Malo!

HILMAR.—Con permiso de usted señor vicario...

SRA. BERNICK.—¡Tan tranquilas como estábamos!

HILMAR.—Por mi parte no hallo inconveniente que se vuelva á tratar de esa cuestión de las vías férreas, al menos nos servirá de distracción.

RORLUND.—No nos hacen falta distracciones de esa clase.

HILMAR.—Eso depende del genio de cada cual. Hay personas que gustan de pasar el tiem-

po en luchas excitadoras. La vida de una ciudad pequeña, pocas veces les ofrece ocasión para ello. ¡Y no es dado á todo el mundo... (*Hojea el libro del vicario.*) «La mujer al servicio de la sociedad.» ¿Qué tontería es esta?

SRA. BERNICK.—Por Dios Hilmar no digas eso. Sin duda alguna no has leido tú ese libro.

HILMAR.—No, por fortuna.

SRA. BERNICK.—No estás tu bueno hoy.

HILMAR.—Es verdad que no.

SRA. BERNICK.—Quizá no has descansado bien la pasada noche.

HILMAR.—No; he dormido muy mal. Precisamente á causa de ese malestar dí anoche un paseito; después fui al círculo donde leí la relación de un viaje al Polo Norte. ¡Se necesita ánimo para seguir de un modo tal al hombre en sus luchas con los elementos!

SRA. RUMMEL.—¿Le impresionó á usted la lectura señor Tonnesen?

HILMAR.—Es muy verdadera la suposición de usted, señora Rummel. Toda la noche he pasado revolviéndome de un lado para otro en medio de una pesadilla, en que me parecía verme perseguido por una horrible morsa.

ESCENA IV.

Dichos, OLAF

OLAF.—(*Qué llega por el vestíbulo.*) ¿Con qué, te perseguía una morsa tio?

HILMAR.—Sí, pero en sueños nada más, picaruelo. ¿Como juegas con ese arco ridículo? ¿Porqué no te ejercitas con un arma más séria?

OLAF.—Mucho me gustaría pero...

HILMAR.—Un arma de fuego al menos tendría razón de ser. Cuando se dispara se experimenta una sensación de... se le encogen á uno los nervios y ..

OLAF.—Si, y se pueden matar osos, tio. Pero papá no quiere.

SRA. BERNICK.—No le metas esas ideas en la cabeza, Hilmar.

HILMAR. — Esta es una generación que retoña, y no se le habla sinó de ejercicios y de perfeccionamientos. ¡El señor nos ampare! Todo son juegos y monadas. Donde hallar hoy el valor verdadero, que contempla virilmente y cara á cara el peligro?. . ¡No des vueltas alrededor de mí, cabeza destornillada, no sea que se escape la flecha!

OLAF.—¡Pero si no hay flecha tío!

HILMAR.—¿Estás seguro? Mira no haya alguna. Apártala te digo. Tu debías haberte ido á América en uno de los barcos de tu padre,

allí cazarías búfalos y pelearías con los pieles rojas.

SRA. BERNICK.—Pero Hilmar...

OLAF.—Mucho me gustaría! Iría en busca del tío Johann y de la tía Lona.

HILMAR.—¡Anda, anda!

SRA. BERNICK. — Anda y vuélvete al jardín Olaf.

OLAF.—¿Mamá, puedo salir á la calle?

SRA. BERNICK.—Sí, pero vuelve pronto ¿sabes? (*Vase Olaf.*)

ESCENA V.

Dichos, menos OLAF

RORLUND.—No debiera usted meterle esas cosas en la cabeza á ese niño, señor Tonnesen

HILMAR.—Sí ¡claro! ¡Ese pequeño debe quedarse aquí, para convertirse en un boquirrubio como uno de tantos!

RORLUND.—Pero y usted ¿por qué no viaja?

HILMAR.—¿Yo? ¿Estando enfermo como estoy? Es verdad que en esta población no ocurre mucho de particular, pero no obstante, siempre hay ciertos deberes que cumplir para con la sociedad en qué se vive. Es muy necesario que haya aquí, por lo menos, una persona que enarbole la bandera intelectual... ¡Pero como grita ese hombre!...

RORLUND.—¿Quién grita?

HILMAR.—No sé quién es. Por ahí dentro hablan todos á voz en grito, lo cual me pone muy nervioso.

SRA. RUMMEL.—Debe de ser mi marido señor Tonnesen. ¡Tiene tanta costumbre de hablar en público!

RORLUND.—¡No, pues, los demás no hablan en voz muy baja que digamos!

HILMAR.—Es natural; ¡en tratándose de defender el bolsillo!... Todo viene á parar entonces en cuestiones de interés material.

SRA. BERNICK.—Sin embargo, es preferible á lo que pasaba antes cuando se perdia tanto.

SRA. LYNGE.—¿De veras iban mal antes los negocios?

SRA. RUMMEL.—Se lo aseguro á usted, señora Lynge; puede usted estar contenta por no haberse encontrado aquí en aquella época.

SRA. HOLT.-Sí; esto ha variado mucho! ¡Cuando recuerdo nuestra juventud!...

SRA RUMMEL.—Basta con remontarse á trece ó catorce años atrás. ¡Señor, que vida se llevaba! ¡Habia entonces una sociedad coreográfica y otra musical.

SRA. BERNICK.—Y una sociedad dramática; lo recuerdo perfectamente.

SRA. RUMMEL.—Sí, y por cierto que se representó en ella la obra del señor Tonnesen.

HILMAR.—*(Retirándose hácia el fondo)*. ¡Bien sí! ¡Dejémos eso!

RORLUND.—¡Una obra del señor Tonnesen!

SRA. RUMMEL.—Sí, señor vicario, eso fué mucho tiempo antes de que usted viniera aquí.

Por más, que dicha, obra no se representó más que una vez.

SRA. LYNGE.—¿No es en esa obra señora Rummel, en la que me dijo usted que hacía el papel de primera dama jóven?

SRA. RUMMEL.—*(Mirando furtivamente al vicario)*. ¿Yo? le aseguro que no me acuerdo de tal cosa. De lo que si me acuerdo perfectamente, es de la vida ruidosa y mundana, que llevaban entonces aquí las familias.

SRA. HOLT.—¡Es verdad! Casas había en que se daban hasta dos grandes bailes cada semana.

SRA. LYNGE.—Y en cierta época, hubo también una compañía de cómicos ambulantes.

SRA. RUMMEL.—¡Ah! eso fué lo peor de todo!

SRA. HOLT.—*(Turbada é inquieta)*. ¡Malo! ¡Malo!

SRA. RUMMEL.—¡Cómicos dice usted! No me acuerdo ni pizca de tal cosa.

SRA. LYNGE.—Si, y según me han dicho, aquella gente hizo aquí muchas fechorías. ¿Diga, que fué, en concreto, lo que pasó?

SRA. RUMMEL.—Yo creo que no pasó nada, señora Lynge.

SRA. HOLT.—Querida Dina, haz el favor de darme ese pedazo de tela.

SRA. BERNICK.—*(Al mismo tiempo)*. Dina, anda vé á la cocina y dí á Catalina que ya puede traer el café.

SRTA. MARTA.—Yo voy contigo, Dina.

(Dina y la Srta. Bernick salen juntas por la segunda puerta de la derecha).

ESCENA VI

Dichos, menos DINA y la señorita BERNICK.

SRA. BERNICK.—*(Levantándose)*. Señores, con su permiso; vuelvo enseguida. ¿Tomaremos el café allá fuera, no es eso?

(Sale al vestibulo y cubre con un mantel, una mesa. El vicario habla con ella desde el dintel de la puerta. Hilmar sentado afuera fumando).

ESCENA VII

Dichos, menos la Sra. BERNICK.

SRA. RUMMEL.—*(En voz baja)*. ¡Jesús, señora Lynge, y que mal rato me ha hecho usted pasar!

SRA. LYNGE.—¿Yo?

SRA. HOLT.—Es verdad; pero usted fué quien empezó, señora Rummel.

SRA. RUMMEL.—¿Yo? ¿Como puedo haber empezado sinó he dicho media palabra?

SRA. LYNGE.—¿Quien ha sido pues?

SRA. RUMMEL.—Como se ha atrevido usted á hablar de... ¡Figurese usted! ¿No veía usted que Dina la estaba oyendo?

SRA. LYNGE.—¿Dina? .. Pero ¿qué? acaso la...

SRA. HOLT.—¡Y aquí en esta misma casa! No

sabía usted que fué el hermano de la señora Bernick el que...

SRA. LYNGE.—¿Como? No sé nada absolutamente. Hace muy poco tiempo que estoy aquí.

SRA. RUMMEL.—No ha oído usted decir que... ¡Mira! *(A su hija)*. Puedes irte un ratito al jardín Hilda.

SRA. HOLT.—Y tu también Nella y pórtate bien con la pobrecita Dina.

(Hilda Rummel y Nella salen al jardín).

ESCENA VIII.

Dichos, menos HILDA y NELLA.

SRA. LYNGE.—Bien, y ahora diga usted lo que le pasó al hermano de la Sra. Bernick.

SRA. RUMMEL.—¿No sabe usted el horrroroso escándalo que dió?

SRA. LYNGE.—¡Quién! ¿Hilmar Tonnesen ha dado lugar á...

SRA. RUMMEL.—No, Hilmar es su primo; estoy hablando de su hermano.

SRA. HOLT.—Aquel que vino á menos?

SRA. RUMMEL.— Sí, llamábase Johann y se marchó á América.

SRA. HOLT.—Si, en efecto.

SRA. LYNGE.—¿Y fué él quien dió el escándalo?

SRA. RUMMEL.—Si; era tan... ¿como esplicarme?... Hubo un enredo con la madre de

Dina. ¡Oh! lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Johann Tonnesen comerciaba entonces junto con la anciana señora Bernick. Ricardo Bernick acababa de llegar de París y no se había casado aun.

Sra. Lynge.—Bueno pero, ¿y el escándalo horroroso?

Sra. Rummel.—Aquel invierno teníamos aquí la compañía de Müller.

Sra. Holt.— Y en esa compañía, había un actor que se llamaba Dorf y era casado. Todos los jóvenes de aquí estaban locos por su mujer.

Sra. Rummel.—¡Solo Dios sabe como podía parecerles bonita! El caso es, que una noche en que Dorf regresó muy tarde á su casa...

Sra. Holt.—En la cual sin duda no le esperaban.

Sra. Rummel.—Hete aquí que se encuentra con que... No, si bien se mira es una cosa que no puede decirse.

Sra. Holt.—No señora Rummel, no pudo encontrarse con nada, porque la puerta estaba cerrada por dentro, y el jóven había saltado sin duda por la ventana.

Sra. Rummel.—Eso es; por la ventana.

Sra. Lynge.—¿Y ese jóven, era quizá el hermano de la señora Bernick?

Sra. Rummel.—El hermano de la señora Bernick era.

Sra. Lynge.—Y después de eso fué cuando se marchó á América ¿verdad?

Sra. Holt.—Vióse obligado á ello.

SRA. RUMMEL.—Y enseguida se descubrió otra cosa tan mala como la que acabo de referir; y fué que había andado en la caja.

SRA. HOLT.— No se sabe todavía la última pa abra respecto de eso. Puede que todo ello no sea más que suposiciones.

SRA. RUMMEL.— Usted me dispensará, pero eso lo sabe toda la población. ¿Por ventura á raiz de ese negocio, no estuvo á punto de declararse en quiebra la anciana señora Bernick? Lo sé por el mismo Rummel. Por lo demás, líbreme Dios de...

SRA. HOLT.—De todos modos la señora Dorf no ha recibido ni un céntimo, puesto que..

SRA. LYNGE.—Diga, diga, y que fué después de aquello, de los padres de Dina?

SRA. RUMMEL.— Pues bien; Dorf ha dejado plantados á su mujer y á su hijo y ha seguido su camino. Pero aquella... señora tuvo el atrevimiento de quedarse aquí durante un año entero. A decir verdad no se ha atrevido á presentarse de nuevo en las tablas. Se ganaba la vida trabajando de costurera y lavandera.

SRA. HOLT.—Trató también de dar lecciones de baile.

SRA. RUMMEL.-Lo cual no le fué muy bien que digamos. ¿Que padres iban á confiar sus hijas á una mujer así? Por lo demás, no duró mucho tiempo todo aquello. Aquella hermosa señora no estaba acostumbrada á trabajar: enfermó del pecho y murió.

SRA. LYNGE.—¡Oh que horroroso escándalo!

SRA. RUMMEL.— Puede usted figurarse que

todo ello fué para los Bernick una píldora difícil de tragar. Es una mancha negra en su felicidad, como dice muy bien mi marido; de modo, que no hable usted nunca más de eso en esta casa.

Sra. Holt.—¡Por Dios y por todos los santos no hable usted tampoco nunca de su hermanastra!

Sra. Lynge.—De modo que la señora Bernick, tiene tambien una hermanastra.

Sra. Rummel.—La ha tenido por fortuna. Se acabó su parentesco. Era una mujer extravagante. Figurese usted que llevaba el cabello corto y que cuando llovía salía á la calle con botas de hombre.

Sra. Holt.— Y cuando su hermanastro, el buena pieza, se fué á América cuando toda la población estaba indignada contra ella ¿sabe usted lo que hizo?... Se fué con él.

Sra. Rummel.—¿Y el escándalo que dió antes de marcharse señora Holt?

Sra. Holt.—No hable usted de eso.

Sra. Lynge.—¡Como! ¿Tambien élla ha dado un escándalo?

Sra. Rummel.—Si, señora Lynge, acababa de casarse Ricardo Bernick con Betty Tonnesen, y apenas había llegado del brazo con su novia á casa de la tía de esta para notificarle su...

Sra. Holt.—Ha de saber usted que los Tonnesen eran huérfanos.

Sra. Rummel -Hete aquí, pues, que Lona Hessel se levanta y le dá al jóven Ricardo

Bernick un bofetón, que le hace ver las estrellas.

SRA. LYNGE.—¡Parece mentira!

SRA. HOLT.—Ni mas ni menos, así ocurrió.

SRA. RUMMEL.—Después de aquéllo, fué cuando lió los trastos y se fué á América.

SRA. LYNGE.- De modo que ella lo pretendía..

SRA. RUMMEL.—¡Puede usted figurárselo! Pensaba que se casaría con ella al regresar de Paris.

SRA. HOLT.—¿Quien puede imaginar tamaña audacia? Bernick el elegante hombre de mundo, el cumplido caballero, el agasajado por todas las mujeres...

SRA. RUMMEL.—Y con todo eso ¡tan decente! ¡tan moral!

SRA. LYNGE.—Y que ha sido en América, de esa señorita Hessel?

SRA. RUMMEL.— ¡Oh! sobre ello, como dice muy bien mi marido, flota un velo dificil de levantar.

SRA. LYNGE.—¿Porque?

SRA. RUMMEL.—Ha interrumpido toda relación con su familia. Pero, lo que toda la población sabe ya, es que ha cantado en los cafés, por dinero.

SRA. HOLT.—Y que ha dado conferencias públicas.

SRA. RUMMEL.—Y que ha publicado un libro de todo punto disparatado.

SRA. LYNGE.—¡Es increible!

SRA. RUMMEL.—Pues si; Lona Hessel es tambien otra mancha en el sol de su felicidad

familiar. Pero, puede usted creerme, señora Lynge; si le he hablado de todo esto es porque esté advertida para lo porvenir.

Sra. Lynge.—Descuide usted. Ya llevaré cuidado. ¡Pobre Dina Dorf! que pena me dá de pensar en ella.

Sra. Rummel.—¡Bah! Es una verdadera suerte para ella, el que haya sucedido todo eso. Calcule usted, que de no ser así, hubiera quedado en manos de sus padres. Claro está, que nosotros la hemos hecho buena acogida y todo cuanto nos ha sido posible hacer por ella. La señorita Bernick estaba trastornadísima al entrar en esta casa.

Sra. Holt.—Por lo demás, ha sido siempre muy difícil sujetarla, lo cual se comprende. ¡Con tales ejemplos!... Es muy distinto de lo que ocurre con nuestros niños, señora Rummel.— Pst. ¡Que está ya de vuelta! *(En voz alta)*. Pues sí, Dina es muy hacendosa... ¡Ah... ¿Eres tú Dina?

ESCENA IX

Dichos, DINA

Sra. Holt.—¡Que buena olor echa tu café, querida Dina: Una tacita de él cada mañana es...

Sra. Bernick.—*(Desde el vestíbulo)* .Señoras, cuando ustedes gusten. *(En este intervalo la señora Bernick y Dina habrán ayudado á la criada á servir el café. Todas las señoras se sientan afuera mostrando á Dina particular afabilidad.)*

(*Esta última vuelve casi enseguida al salón y busca su labor.*) ¿No gustas, Dina?

DINA.—No, señoras, muchas gracias.

(*Dina vuelve á su labor. La señora Bernick y el vicario, hablan algunas palabras. Después este último entra en el salón.*)

RORLUND —(*Fingiendo buscar algo cerca de la mesa dice.*) ¡Dina!

DINA —¿Qué manda usted?

RORLUND.—¿Porqué no quiere usted venirse al jardin?

DINA.—Porque al traer el café he conocido, por la cara de esas señoras, que habían hablado de mí.

RORLUND.—¿Pero no ha visto usted también cuan amables se han mostrado con usted?

DINA.—Sí, pero ya sé yo á que atenerme, respecto de esas amabilidades.

RORLUND. — Tiene usted muy mala cabeza, Dina

DINA.—Bueno

RORLUND.—¿Por qué asi?

DINA —Porque no puedo ser de otra manera.

RORLUND.—¿Y si probara usted?

DINA.—No.

RORLUND.—¿Porqué no?

DINA.—(*Mirándole cara á cara.*) Porque soy una de esas personas corrompidas moralmente, de que aquí se hablaba.

RORLUND.—¡Vamos, Dina!

DINA —También lo era mi madre.

RORLUND.—¿Quien le ha dicho á usted esas cosas?

DINA. — ¡Nadie! ¡Conmigo no habla nadie! ¡Oh! Son tan prudentes conmigo... Como si pudiera quebrarme cual cristal. ¡Ah! ¡Cuanto aborrezco esas benevolencias!

RORLUND.—Querida Dina. Comprendo perfectamente que se sienta usted sujeta aqui, pero...

DINA —¡Oh, sí yo pudiera escaparme! Ya sabría yo solita andar mi camino por el mundo y no viviría entre personas tan... tan...

RORLUND.—¿Tan qué?

DINA.—Tan decentes y tan morales.

RORLUND.—¿Pero, Dina, que quiere usted decir con eso?

DINA.—¡Ya comprende usted perfectamente lo que quiero decir Veo venir aquí cada día á las señoritas Hilda Rummel y Nella Dolt que las traen para que me sirvan de ejemplo. Pero yo nunca llegaré á estar tan bien educada como ellas, ni quiero estarlo tampoco. ¡Ah! Si yo pudiera escaparme sería verdaderamente una buena muchacha ¡vaya!

RORLUND.—Ya lo es usted, Dina, una buena muchacha.

DINA.—¿Y de qué me sirve el serlo *aquí*?

RORLUND.—De modo que... viajar, partir... ¿Piensa usted sériamente en esas cosas?

DINA.—Si no fuera por usted, no me estaba aquí ni un día mas.

RORLUND —Y diga usted, Dina ¿porque le gusta tanto estar conmigo?

DINA.—Porque usted me enseña cosas muy bellas.

RORLUND.—¡Cosas muy bellas! ¿Qué puede de haber de bello en lo que yo le enseño á usted?

DINA —No sé... pero bien mirado no es que me enseñe usted nada, pero cuando habla usted, paréceme que vuelo en un ambiente de belleza.

RORLUND —Vamos á ver ¿que entiende usted por *lo bello*?

DINA.—No lo he pensado nunca.

RORLUND.—Bueno, pues piénselo usted ahora. Vamos á ver ¿que entiende usted por lo bello?

DINA.—Lo bello... es algo magnífico y que está... muy lejos de aquí.

RORLUND.—En verdad, querida Dina, que me preocupa usted mucho.

DINA —¿Nada más que eso?

RORLUND.—Ya sabe usted, el afecto infinito que siento por usted.

DINA.—Si yo fuera Hilda ó Nella, no le preocuparía á usted ni le importaría que lo advirtiesen.

RORLUND.—¡Oh Dina! ¿Como puede interpretar usted de ese modo la prudencia que... Cuando por vocación se es uno de los puntales morales de la sociedad, no se puede ser muy circunspecto. Si; si yo estuviera seguro de que no se me imputara alguna intención indigna... Pero ¡que importa! Usted es quien puede y debe salir entonces á mi favor, Dina; cuando yo diga,

cuando las circunstancias me permitan decir, «Dina, esta es mi mano», ¿la aceptará usted? ¿Querrá usted ser mi esposa? ¿Me lo promete usted Dina?

DINA.—Si.

RORLUND.—¡Gracias! ¡Gracias! ¡La quiero á usted tanto Dina!... Psit. Alguien viene. Dina, ¡hágalo usted por mí! ¡Váyase al jardín con esas señoras!

(Dina obedece y se dirige á la mesa en que se ha servido el café. En el mismo instante, salen de la habitación del primer término derecha, Rummel, Sandstad y Wiegeland, seguidos por Bernick que lleva en la mano un legajo de papeles.)

ESCENA X

BERNICK, VIEGELAND, RUMMEL

BERNICK.—Estamos conformes ¿no es eso?

WIEGELAND.—Si, gracias á Dios.

RUMMEL.—Arreglados Bernick. Bien sabes tu que la palabra de un noruego, es firme como las rocas del Donrofieldo.

BERNICK.—Nadie se volverá atrás en su determinación, por muchas dificultades que sobrevengan.

RUMMEL.—Juntos avanzaremos ó juntos caeremos, Bernick.

ESCENA XI

Dichos, HILMAR

HILMAR —*(Que acaba de entrar por la puerta del jardín.)* ¿Caer? Ustedes dispensen, ¿no se trata de la vía férrea?

BERNICK.—No caeremos, al contrario, el tren marchará.

RUMMEL.—Y á todo vapor, señor Tonnesen.

HILMAR.—¿De veras?

RORLUND.—¡Como! ¿La vía férrea?...

ESCENA XII

Dichos, Sra. BERNICK

SRA. BERNICK.—*(Desde la puerta del jardín.)* ¿Qué ocurre querido Ricardo?

BERNICK.—¡No es cosa que pueda interesarte querida Betty? *(A sus asociados.)* Ahora falta terminar las listas, cuanto más pronto mejor. No hay que decir que nosotros seremos los primeros en firmar. Es un deber que nos impone nuestra situación.

SANDSTAD.—Eso se cae por su propio peso, señor Cónsul.

RUMMEL.—El negocio irá bien, Bernick; es cosa segura.

BERNICK.—¡Oh, no me inquieta por el resultado! Es menester que demos impulso al

negocio, cada uno en el círculo de sus conocimientos. Podemos contar, por lo demás, con generales simpatías. Naturalmente que el municipio contribuirá también.

SRA. BERNICK.—¿Pero es que no vas á explicarnos de que se trata, Ricardo?

BERNICK.—De nada que pueda interesar á las mujeres.

HILMAR.—¿De modo, que quieres tomar por tu cuenta ese negocio de la vía férrea?

BERNICK.—Naturalmen'e.

RORLUND.—Pero señor consul el año pasado...

BERNICK.—El año pasado era otra cosa; tratábase de úna línea en la costa.

WIEGELAND —Lo cual hubiera sido harto inútil, pues tenemos ya los vapores que ejecutan ese servicio.

SANDSTAD.—Y que nos hubiera costado muy cara.

RUMMEL.—Sin tener en cuenta que hubiera eso perjudicado intereses considerables.

BERNICK.—La razon decisiva, era que hubiera perjudicado á nuestros grandes comerciantes; por eso me opuse á ello, y por eso hemos decidido ahora construir una línea interior.

HILMAR.—La cual no prestará servicio á las ciudades vecinas.

BERNICK.—Si por cierto amigo mío, puesto que hemos proyectado construír un empalme.

HILMAR —¡Otro proyecto!

RUMMEL.—¡Oh! ¡y que este es soberbio!

RORLUND.—¡Pse!

WIEGELAND —No puede negarse que la Providencia misma, ha preparado el terreno para un empalme.

RORLUND.—¿Lo cree usted así, señor Wiegeland?

BERNICK.—Debo confesar que aun yo mismo, considero como una rara fortuna, las circunstancias casuales que me llevaron la pasada primavera, á aquel valle que yo no conocía. Con la rapidez del rayo, me acudió la idea de la necesidad de construir allí un empalme. He mandado allí á un ingeniero, cuyos cálculos y proyecto aquí traigo. No queda ya obstáculo alguno que vencer.

SRA. BERNICK.—(*Que estará con las otras señoras en la puerta del jardín.*) ¿Cómo pues, querido Ricardo, no nos habías dicho palabra de todo eso?

BERNICK.—Querida Betty, no te hubieras sabido colocar en el punto de vista necesario. Además, no he dicho de eso media palabra á nadie. Pero ahora ha llegado el momento decisivo; vamos á dar á conocer nuestros proyectos, y á trabajar con todas nuestras fuerzas para obtener buen resultado.

RORLUND —¿De modo que ustedes creen que les reportará grandes ventajas?

BERNICK.—A ojos cerrados. ¡Que empuje tan grande dará esto á los negocios! Nuestros vastos bosques serán puestos en cultivo. Se explotarán nuestras abundantes minas. ¡Calculen ustedes cuantas industrias van á nacer y á prosperar!

RORLUND.—¿Y no teme usted á las relacio-

nes diarias con un mundo tan corrompido.?

BERNICK —No, no pase usted por eso cuidado alguno, señor vicario. Nuestra industriosa poblacioncita se inspira, á Dios gracias, en ideas sanas y morales á cuya germinación todos hemos contribuído, por decirlo así; y las cuales continuaremos desarrollando como mejor podamos, cada cual en su esfera Usted, señor vicario; aplique su actividad bienhechora á la escuela, á la familia; nosotros los dedicados al trabajo práctico, serviremos á la sociedad sembrando en ella el bienestar, y nuestras esposas... Veng n, vengan, ustedes, señoras; nuestras esposas, digo, y nuestras hijas.... Bien, pues vosotras continuad como hasta aquí, vuestras obras de beneficencia, y prestar á cuantos os rodean la misma ayuda, el amparo mismo, que encuentro yo en mi querida Betty, en mi amada Marta y en mi Olaf (*Mira enderredor.*) ¿Pero donde se esconde hoy Olaf?

SRA. BERNICK.—¡Oh! mientras duran las vacaciones es imposible hacerle parar un momento en casa.

BERNICK.—Entonces estará todavía en la orilla del mar. Verás que mal fin tendrá esto!

HILMAR —¡Bah! una peleita con las olas...

SRA. RUMMEL.— ¡Que hermoso es para usted, señor Bernick, el espíritu de familia!

BERNICK.—¡Claro está! ¿Acaso no es la familia uno de los puntales de la sociedad? Un agradable hogar; amigos fieles; una reunión bien escogida que no venga á turbar elemento alguno discordante...

ESCENA XIII.

Dichos, KRAPP.

KRAPP.—*(Llega por la puerta de la derecha con cartas y periodicos.)* La correspondencia extrangera, señor consul; y un despacho de Nueva York.

BERNICK.—*(Tomando el despacho)* ¡Mira! De los armadores del *Indian Girl.*

RUMMEL.—Ha llegado el correo; me veo precisado á retirarme.

WIEGELAND.—Y yo también.

SANDSTAD.—Hasta la vista, señor consul.

BERNICK.—Hasta la vista; has a la vista señores. No se olviden de que hemos de reunirnos esta tarde á las cinco.

RUMMEL, WIEGELAND, SANDSTAD.—Sí, sí; conformes. *(Salen).*

ESCENA XIV

BERNICK, Sra BERNICK, KRAPP, RORLUND.

BERNICK.—*(Acaba de leer de nuevo, el despacho.)* ¡Esto es americano puro! ¡Esto es una atrocidad!

SRA. BERNICK.—¡Jesús, Ricardo, que ocurre?

BERNICK.—Tome usted, señor Krapp, y lea.

KRAPP.—*(Lee.)* «Hagan las menos reparacio-

nes posibles. Envíen el «Indian Girl» apenas esté á flote. El tiempo es apacible. Es necesario, cueste lo que cueste que llegue el cargamento.» ¡Bueno está eso!

BERNICK.—¡Qué llegue el cargamento! ¡Pero esos señores saben perfectamente que el navío se hundirá como una piedra, en cuanto sufra la menor avería!

RORLUND.—¡Ese es el modo de obrar de esas compañías tan poderosas!

BERNICK.—Tiene usted razón. En tratándose de realizar un negocio, no miran ni la vida de las personas. *(A Krapp.)* ¿Podrá echarse á la mar el buque dentro cuatro ó cinco días?

KRAPP.—Sí; siempre que el señor Wiegeland, no se oponga á que se suspendan los trabajos del *Palmier*.

BERNICK.—¡Ca! No accederá á ello. Hágame usted el favor de mirar el correo... ¿No ha visto usted á Olaf por el muelle?

KRAPP.—No, señor cónsul. *(Entra en la habitación del primer término izquierda.)*

ESCENA XV

Dichos, HILMAR

BERNICK.—*(Volviendo á leer el despacho.)* Esos señores, no quieren tener en cuenta que en la empresa se juegan la vida diez hombres.

HILMAR.—¡Oh!... De marinos es, arrostrar los elementos. Debe de producir una excita-

ción particular el no hallar, entre uno y el abismo más que una tabla.

BERNICK.—¡Aquí quisiera yo ver al armador que á tal se atreviese! *(Viendo á Olaf.)* ¡Alabado sea Dios! ¡No le ha ocurrido nada!

ESCENA XVI

Dichos, OLAF

OLAF.—*(Con un sedal en la mano entra en el jardín y exclama.)* ¡Tio Hilmar, he visto el barco!

BERNICK.—¿Estuviste hoy también en el muelle?

OLAF.—Figúrate, tio, que acaba de desembarcar una compañía entera de titiriteros con caballos y fieras... y muchos pasajeros.

SRA. RUMMEL.—Entonces veremos á los titiriteros.

RORLUND.—¿Nosotros? ni por pienso.

SRA. RUMMEL.—No; nosotros ¡claro está que no! pero ..

DINA.—Me gustaría mucho ver un acróbata.

OLAF.—Y á mí también.

HILMAR.—¡Qué tontuelo eres! ¿Vale eso acaso la pena de verse? Espectáculos dispuestos de antemano! Lo interesante sería ver un indio montado en un espumante corcel cazando á través de las pampas ¡Pero aquí, en este rincón!

OLAF.—*(Cogiendo del brazo á la señora Bernick.)* Tía Marta, míralos, ya llegan.

SRA. HOLT.—Verdad es; ya llegan.

SRA. LYNGE.—¡Pero que feos son esos hombres! *(Pasan unos cuantos pasajeros por la calle seguidos por un grupo de gente de la población.)*

SRA. RUMMEL.—Mala gente se me figuran esos bufones. Mire usted á aquella, señora Holt, lleva un baul á cuestas.

SRA. HOLT.—Y un quitasol. Debe de ser la mujer del director.

SRA. RUMMEL.—Ahí viene el director en persona. Aquél de la barba. Tiene facha de bandido. No mires Hilda

SRA. HOLT.—Y tu tampoco, Nella

OLAF.—Mira mamá; el director nos saluda.

BERNICK.—¿Cómo es eso?

SRA BERNICK.—¿Que estás diciendo, hijo mío?

SRA. RUMMEL.—¡Toma, pues es verdad! Y aquella mujer también nos saluda.

BERNICK.—¡Hombre, que cosa mas rara!

SRTA. MARTA.—*(Dando sin querer un grito.)* ¡Oh!.

SRA. BERNICK.—¿Que te pasa Marta?

SRTA. MARTA.—Nada, nada; me parecía. .

OLAF.—*(Dando un grito de alegría)* ¡Mira! ¡mira! Ya vienen los demás, con los caballos y las fieras. También vienen americanos con ellos, y todos los marineros del *Indian Girl.*

(Se oye el canto nacional americano «Yankee

Doodle» con acompañamiento de tambores y clarines.)

HILMAR.—*(Tapándose los oidos)* ¡Uy! ¡uy! ¡uy!

RORLUND.—Creo, señora, que haríamos bien en retirarnos. No es ese un espectáculo conveniente para nosotros. Volvámonos á nuestras tareas.

SRA. BERNICK.—Acaso hariamos bien, corriendo las cortinas.

RORLUND.—Sí; es lo que estaba pensando.

(Siéntanse las señoras junto á la mesa. El Vicario cierra la puerta del jardín, asi como las ventanas y corre las cortinas. Queda el salón envuelto en una semioscuridad.)

OLAF.—*(Mirando afuera.)* Mamá, la mujer del director está en la fuente lavándose el rostro.

SRA. BERNICK.—¿Cómo? ¡En una plaza pública!

SRA. RUMMEL.—¡Y á la luz del dia!

HILMAR.—Pues yo á fé que si en un viaje de exploración me encontrara en medio de un desierto y hallara una cisterna, no me daría cuidado de... ¡Pero, que horroroso clarinete! ¡hombre!

RORLUND.—Debiera intervernir la policía.

BERNICK.—No hay que ser tan severo con los forasteros. Esa gente no posee el sentimiento de la urbanidad que nos guía y nos pone freno, dejémosles hacer lo qúe quieran, ¿que nos importa á nosotros? Lo que va contra el buen parecer, y contra las buenas costumbres, no debe existir para nosotros, por decirlo así... Pero ¿que es esto? *(Entra por la puerta de la derecha la señora extrangera.)*

ESCENA XVII

Dichos, LONA,

Las Señoras *(Ofuscadas y en voz baja.)* ¡La artista del circo! ¡La mujer del director!

Sra. Bernick.—Dios mío, ¿pero que significa esto?

Srta. Marta.—¡Oh!

Srta. Lona.—¡Buenos días amada Betty! ¡Muy buenos días Marta! ¡Buenos días cuñada!

Sra. Bernick.—*(Dando un grito)* ¡Lona!

Bernick.—*(Dando un paso hácia atrás.)* Ella es, tan cierto como estoy vivo.

Sra. Holt.—¡Dios de los cielos!

Sra Rummel.—¿Pero es posible?

Hilmar.—¡Oh! ¡oh!

Sra. Bernick.—¡Pero ers tu de veras, Lona!

Srta. Lona.—¿Que si soy yo? Así parece. Pero bien podríais darme un abrazo.

Hilmar.—¡Oh! ¡oh!

Sra. Bernick.—¿Es decir que vuelves aquí?

Bernick.—¿Pero, es verdad que vas á presentarte al público?

Lona.—¿Como, como es eso? ¡Presentarme al público!

Bernick.—Si, mujer, con la compañía del circo.

Lona.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Te has vuelto loco? ¿Pensabas que era yo de la compañía? Es verdad que he trabajado en muchos oficios y que con frecuencia he adelantado mucho.

SRA RUMMEL.—¡Ya!

LONA.—Pero no he llegado aun á dar piruetas sobre los caballos.

BERNICK.—De modo que tu no...

SRA. BERNICK.—¡Bendito sea Dios!

LONA.—De ninguna manera; *hemos* hecho el viaje como muchas personas decentes, en segunda clase.

SRA. BERNICK.—¿*Hemos*, dices?

BERNICK.—(*Dando un paso hácia ella*) ¿Como se entiende, *hemos*?

LONA.—Ciertamente, mi hijo y yo.

LAS SRAS.—*(Dando un grito)* ¡Su hijo!

HILMAR.—¡Como!

RORLUND.—Ahora debo decir que...

SRA. BERNICK.—¿Pero, dinos Lona, de que hijo hablas?

LONA.—¡Pues de John! No tengo otro hijo sino John ó Johann, como ustedes dicen.

SRA BERNICK.—¡Johann!

SRA RUMMEL.—*(En voz baja á la señora Lynge.)* El hermano que vino á parar mal!

BERNICK.—*(Dudándolo.)* ¿Pero Johann está aquí, también?

LONA.—Sí, sí, que está! ¡Yo no me separo nunca de él! ¡Qué cara ponen ustedes Según veo, están ustedes en la sombra cosiendo ropa blanca; supongo que no estará de luto la familia.

RORLUND.—Señorita, está usted ante una sociedad benéfica destinada á combatir la corrupción.

LONA.—*(En voz baja.)* ¿Qué dice usted? ¿Son acaso estas buenas señoras...?

SRA. RUMMEL.—¡Oh! No, no, en verdad que...

LONA.—¡Ah! ¡Ya lo entiendo! ¡Pero aquí veo á la señora Rummel y á la señora Holt! ¿Que tal? No nos hemos rejuvenecido ninguna de las tres desde que nos vimos la última vez! Y ahora, queridas amigas, dejad á la corrupción que espere un día, no será peor por eso. Un momento tan feliz como este debe...

RORLUND.—No siempre el instante del regreso es un instante feliz.

LONA.—¿No? ¿Entonces como interpreta usted su biblia, señor pastor?

RORLUND.—Yo no soy pastor.

LONA. — No, pero lo será usted sin duda algún día. Pero ¡vaya! ¡vaya! toda esa moralidad huele á podredumbre, como los sudarios de los entierros. Yo estoy acostumbrada á un aire más puro.

BERNICK.—*(Limpiándose el sudor de la frente.)* Es verdad que hace bastante calor, aquí!

LONA.—¡Espérense un poco! Hay que cambiar esta atmósfera sepulcral. *(Descorre las cortinas.)* Es menester que entre aquí un buen sol, para cuando venga mi hermanito, Vais á verlo enseguida.

HILMAR.—¡Oh! ¡Oh!

LONA.— *(Abriendo puertas y ventanas.)* Está lavándose la cara en la fonda. En el vapor estaba más negro que un carbonero.

HILMAR.—¡Oh! ¡Oh!

Lona.—¡Oh! ¡Oh! Palabra de honor que es verdad. *(Señalando á Hilmar.)* No hace más que pasearse por ahí diciendo siempre «¡Oh! ¡Oh!».

Hilmar.—No me paseo, no, estoy aquí por causa de mi enfermedad.

Rorlund.—Señoras, paréceme que...

Lona.—*(Mirando á Olaf.)* ¿Es este tu pequeño, Betty? Dame la mano, hombre, ¿Es que le tienes miedo á tu anciana tía?

Rorlund.—*(Tomando su libro.)* Señoras, paréceme que no estamos en disposición de seguir trabajando más, por hoy. Mañana volveremos á reunirnos, ¿no es eso?

Lona.—*(Mientras las señoras se levantan para salir.)* Sí, hasta mañana, yo estaré también en mi sitio.

Rorlund.—¡Usted! Usted dispensará señorita; pero ¿que quiere usted hacer en nuestra sociedad?

Lona.—Airearla, señor pastor.

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Salón jardín, en casa del cónsul BERNICK. La Sra. BERNICK está sentada cosiendo junto á una mesa de labor. Poco después, por la puerta de la derecha llega el Sr. BERNICK con bastón, guantes y sombrero.

ESCENA PRIMERA

BERNICK, Sra. BERNICK

SRA. BERNICK.—¿Ya estás de vuelta, Ricardo?

BERNICK.—Si; he dado una cita aquí para hoy.

SRA BERNICK.—*(Esquivando la cuestión.)* ¡Ah! si; creo que va á venir Johann.

BERNICK.—Probablemente. *(Dejando el sombrero sobre la mesa.)* Donde están hoy esas señoras?

SRA. BERNICK.—La señora Rummel é Hilda no han tenido tiempo de venir.

BERNICK.—¡Ah! ¿Mandaron recado?

SRA BERNICK.—Sí; tenían mucho que hacer en sus casas.

BERNICK.—Ya entiendo. ¿Entonces, supongo que tampoco habrán venido las demás?

SRA. BERNICK.—Es que no han podido venir.

BERNICK. — Podíamos haber prevenido esto. ¿Donde está Olaf?

SRA. BERNICK.—Le he dejado que salga un rato con Dina.

BERNICK.—Con Dina... Es muy ligera de cascos esa muchacha... Ayer mostraba con Johann familiaridad tal, que...

SRA. BERNICK.—Pero si Dina no sabe nada, querido Ricardo.

BERNICK.—No; pero Johan debiera haber tenido tacto suficiente para no hacer caso de ella. Si hubieras visto que miradas echaba Wiegeland!

SRA. BERNICK.— *(Poniendo la ropa que cose sobre las rodillas)* ¿Y no aciertas á saber Ricardo, á que vienen aquí, su país natal?

BERNICK.—Tienen allá una granja que va muy mal. Por ese mismo motivo explican la manera modesta como han viajado.

SRA. BERNICK.—Sin duda debe de ser eso. ¿Pero como se ha atrevido á venir con él, *ella* ¡después de vuestra horrible disputa?..

BERNICK. —¡Ah! esas son cosas pasadas; no pienses más en ellas.

SRA. BERNICK.—No puedo quitármelo del pensamiento. Y eso que es hermano mio... Pero no es por él... Es por los disgustos que vás tu á pasar... Estoy con mucho cuidado, Ricardo.

BERNICK.—Pero ¿porqué?

SRA. BERNICK —¿No podrían encarcelarlo por el dinero que le robó á su madre?

BERNICK.—¡Vamos mujer! ¡No digas tonterías! ¿Quién puede probar que aquel dinero fué robado?

SRA. BERNICK.—Pero, Señor, si lo sabe la población entera. Tú mismo lo dijiste...

BERNICK.—Nada de eso. Yo no he dicho tal cosa. Y en la población no saben de ese asunto más que chismes y cuentos.

SRA. BERNICK.—¡Qué noble eres Ricardo!

BERNICK.—Te digo que me dejes en paz con esas historias. No puedes figurarte el daño que me haces recordándomelas. (*Paséase de un lado á otro y tira el bastón.*) ¡Pero, vamos, que el haber escogido para venir, el momento preciso en que yo tenía más necesidad de gozar de intachable reputación... ¡Los periódicos de las poblaciones vecinas, publicarán sin duda correspondencias de aquí; y me traten en ellas bien ó mal, el resultado será el mismo; haránse comentarios, evocaránse todas esas antiguas historias, como tu misma lo estás haciendo y... En una sociedad como la nuestra .. (*Tira los guantes encima de una mesa.*) ¡Y pensar que no hay un solo hombre con quien pueda yo explicarme, en quien pueda encontrar apoyo!

SRA. BERNICK.—¿No hay nadie, Ricardo?

BERNICK.—No. ¿Quien? ¡Nadie! Precisamente ahora todos se me hechan encima! Es seguro, que de una ú otra manera van á dar

algún escándalo. ¡Ah! ¡Qué desgracia tener en la familia gente de esa especie!

SRA. BERNICK.—No tengo yo la culpa si...

BERNICK.—¿De qué no tienes tu la culpa? ¿De ser pariente de ellos? ¡Claro que no! Tu nada puedes hacerle.

SRA. BERNICK.—Y en verdad que no les he pedido yo que vengan.

BERNICK —¡Vaya! ¡Ya estamos: «que si yo no les he pedido que vengan», «que si no les he escrito», «que si no era yo quien deseaba que volvieran.» ¡Caramba! Ya me sé de memoria toda esa letanía.

SRA. BERNICK.—*(Echándose á llorar)* ¡También me tratas tu con dulzura!

BERNICK.—¡Bueno! ¡eso faltaba! Si ¡eso es! llora para que luego charlen sobre ello! Déjate de niñerías, Betty. Anda. Salte al vestíbulo, no sea que venga alguien y vea á la señora Bernick con los ojos encarnados, lo cual estaría bonito. Si la gente llega á saber que... Alguien viene *(Llaman)* ...Adelante.

(La señora Bernick sale al vestíbulo llevándose su labor.)

ESCENA II

Sr. BERNICK, AUNE

AUNE.—*(Que entra por la derecha)* Buenos días, señor consul.

BERNICK —Buenos días. Supongo que se figura usted por que le he mandado llamar.

AUNE.—El apoderado me dijo ayer, que no le gustaba á usted que...

BERNICK.—Me descontenta mucho todo lo que ocurre en el taller, Aune. El trabajo no marcha. El *Palmier*, debiera tener hechas las reparaciones hace ya mucho tiempo. Con ese motivo el señor Wiegeland me marea y aprieta. Ya sabe usted, que tengo en él un asociado muy exigente.

AUNE.—El *Palmier* podrá echarse á la mar pasado mañana.

BERNICK.—¡Por fin! ¿Y el *Indián Girl*, que está aquí hace seis semanas?

AUNE.—¡El *Indián Girl*! Yo entendía que debíamos ocuparnos preferentemente del barco de ustedes, y consagrar á él todo el tiempo de que disponemos.

BERNICK.—Ningún motivo le he dado á usted para suponer eso. El *Indián Girl* debía ser reparado lo más pronto posible, y nada se ha hecho...

AUNE.—El fondo de cala está completamente podrido, señor consul; cuantos más remiendos le pongamos, peor estará.

BERNICK.—No es eso, no. Krapp me ha esplicado lo que pasa en realidad: ustedes no saben trabajar con las nuevas máquinas que he comprado,—ó quizás no quieren ustedes utilizarlas.

AUNE.—Señor consul; tengo cincuenta años cumplidos y desde joven practíco segun nuestro método antiguo.

BERNICK.—El cual hoy no vale nada. Y no se figure usted, Aune, que adopto el moder-

no para obtener provechos que, por fortuna no necesito; sinó que es necesario que yo considere la sociedad en que vivo y la prosperidad del establecimiento que dirijo.

AUNE.—También yo soy partidario del progreso, señor cónsul.

BERNICK.—Si, pero para el círculo estrecho en que se mueve usted, para la clase obrera... Pero ya! ya conozco sus ardides; usted hace discursos, excita á unos y amotina á otros; pero en cuanto se trata de un progreso palpable, tangible, como el que las nuevas máquinas realizan, entonces nos niega usted enseguida su concurso y se intranquiliza.

AUNE.—Es verdad, me intranquilizo señor cónsul; me intranquilizo por todos esos obreros, á quienes las nuevas máquinas arrebatan el pan de la boca. Con frecuencia habla usted de los miramientos que hay que tener para con la sociedad; pero yo pienso que también la sociedad tiene deberes que cumplir. ¿Y como es posible, que la ciencia y el capital puedan pensar en la aplicación de sus inventos, no habiéndose antes desarrollado una generación que conozca su mecanismo?

BERNICK.—Usted lee y reflexiona demasiado, Aune; pero como no saca usted provecho alguno, se irrita usted contra su situación.

AUNE.—No es eso, señor cónsul. Es que no puedo yo ver con tranquilidad esos inventos que, uno tras otro, arrebatan á nuestros pobres obreros todos sus medios de existencia.

BERNICK.—¡Oh!... Cuando se descubrió la imprenta, quedaron sin pan muchos copistas.

AUNE.—¿Y le hubiera gustado á usted aquel descubrimiento, si hubiera usted sido copista, señor cónsul?

BERNICK.—¡Ea! yo no le he mandado llamar á usted para discutir conmigo, sino, para decirle que el *Indian Girl* debe echarse á la mar pasado mañana.

AUNE.—Pero, señor cónsul...

BERNICK.—¡Pasado mañana ¿lo oye usted? Al mismo tiempo que el *Palmier*; ni una hora mas tarde. Tengo mis motivos para llevar tanta prisa ¿No ha leído usted los periódicos de esta mañana?.. Pues si los ha leído, debe saber que la tripulación americana ha vuelto á hacer de las suyas. Esos indivíduos alborotan á la población entera. Cada noche hay pendencias en las tabernas ó en las calles; sin contar otros escándalos que me callo

AUNE.—Si, es una funesta nación aquella.

BERNICK.—¿Y á quien dan las culpas de todos esos desòrdenes? ¡A mí! si ¡á mí! Todo me lo cargan á mí. Los escritorzuelos de los periódicos me echan en cara que solo me he ocupado del *Palmier*. ¡Y yo que tengo la misión de servir de ejemplo á mis conciudadanos; yo tengo que permitir que me digan en mis barbas esas cosas! No quiero sufrirlo por más tiempo, porque no he dado motivo para que se deshonre asi mi nombre.

AUNE.—Ni con eso, ni con mucho más, sufre

menoscabo la reputación de usted, señor cónsul.

BERNICK.—En la actualidad, no; pero es que hoy precisamense necesito más que nunca aprecio y general simpatía. Traigo entre manos una grande empresa; ya habrá usted oido hablar de ella; y si algunos mal intencionados hicieran bambolear mi crédito, podrían sobrevenir de ello gravísimas dificultades. Por eso es, por lo que quiero poner fin á todos esos suposiciones calumniosas, y por eso he fijado término para pasado mañana.

AUNE.—Señor cónsul, también podía usted haberlo fijado para esta tarde.

BERNICK.—¿Se atreve usted á suponer, Aune, que exijo un imposible?

AUNE.—Si; dado el corto número de obreros con que actualmente contamos.

BERNICK.—¡Bueno! ¡Bueno, ya sé yo que hacer!

AUNE.—¿Se propone usted acaso despedir aún á más obreros antiguos?

BERNICK.—No es eso lo que pensaba.

AUNE.—Lo digo porque me parece que tendría usted disgustos con la prensa y con la población.

BERNICK.—Efectivamente. Por eso dejaré las cosas conforme estaban. ¡Pero como el *Indian Girl* no esté dispuesto para echarse á la mar pasado mañana, queda usted despedido!

AUNE.—*(Sobresaltado.)* ¡Yo! *(Sonriendo.)* ¡El señor cónsul está de broma!

BERNICK.—No lo crea usted.

AUNE.—¡De modo, que usted piensa seriamente en despedirme? A mí, cuyo padre y cuyo abuelo han trabajado durante toda su vida en el taller, y yo mismo...

BERNICK.—¿Y quién me obliga á tomar esa resolución extremada?

AUNE.—Lo que usted pide es imposible, señor cónsul.

BERNICK.—Cuando se pone en ello buena voluntad, nada es imposible. De modo que, si, ó no; ó me dá usted una respuesta precisa, ó queda usted despedido ahora mismo.

AUNE.—¿Ha pensado usted bien, señor cónsul, en lo que haría usted despidiendo así á un antiguo obrero? Piensa usted que para él todo queda reducido á un cambio de dueño? Sin duda puede emplear en cualquier parte sus brazos ¿pero es eso todo? ¿Quisiera yo que viera usted por sus propios ojos á un antiguo obrero que acaban de despedir, llegar por la noche á su casa, y dejar sus herramientas en un rincón y...

BERNICK.—¿Pero usted cree que yo le despido con alegría de mí corazón? ¿No he sido siempre yo, un amo humano y bueno?

AUNE.—Peor para mí, señor cónsul, pues de esa manera será á mí, y no á usted á quien mis compañeros tirarán la piedra. No me lo echarán en cara: ¡No tendrán valor para eso!, pero de vez en cuando veré que me miran con curiosidad y dicen para sí; «No hay duda; merecido se lo tendrá.» Pues bien, mire usted, eso no puedo sufrirlo yo. A pesar de ser tan humilde, siempre he sido mirado como cabeza de familia: y si

he podido sostener y dirigir esa pequeña sociedad, ha sido porque mi mujer y mis hijos. han tenido confianza en mi! ¡Y eso, como todo lo demás voy á perderlo ahora!

BERNICK.—No puede suceder otra cosa. Los más, aplastan á los menos. Diosmismo permite que se sacrifique el individuo al fin común. No puedo contestarle á usted otra cosa. Este es el mundo. Pero usted, Aune, es un testarudo: usted me contradice no por la imposibilidad de hacer lo que le mando; sinó porque á usted no le conviene que se haga notoria la superioridad de las nuevas máquinas.

AUNE.—Y usted, señor cónsul, usted quiere que se haga notoria esa superioridad, para que la prensa haga ver su buena intención al despedirme.

BERNICK.—¿Y cuando así fuera, que? Ya sabe usted bien de que se trata. No quiero yo que la prensa me ataque, sino que me sea favorable y me sostenga míentras yo elaboro un gran negocio de interés común. Dígame usted: ¿puedo obrar de otra manera? La cuestión, se lo repito, tiene dos términos: mantenerlo á usted y á su familia como hasta aquí, ó fundar cien familias nuevas, cien nuevos hogares que solo pueden subsistir llevando yo á feliz término esa grande empresa. Por eso le he puesto a usted en el caso de elegir...

AUNE.—Siendo así, no tengo más que hablar..

BERNICK.—¡En verdad querido Aune, que me aflige tenerme que separar de usted!

AUNE.—Es que no nos separaremos, señor cónsul.

BERNICK.—¿Como puede ser eso?

AUNE.—Un pobre obrero, puede tener también intereses por que velar.

BERNICK.—Sin duda... de modo que usted piensa que... usted promete que...

AUNE.—El *Indian Girl*, podrá echarse á la mar pasado mañana. *(Saluda y se vá por la derecha.)*

BERNICK.—¡Al fin me salí con la mía con ese testarudo! lo cual me parece de buen agüero.

ESCENA III.

Señor BERNICK, señora BERNICK, HILMAR

HILMAR.—*(En el vestíbulo)* ¡Buenos días, Betty! ¡Buenos días, Bernick!

SRA. BERNICK.—¡Buenos días!

HILMAR.—¡Toma! has llorado. ¿De modo que tu también lo sabes?

SRA. BERNICK.—¿Que es lo que yo sé?

HILMAR.—Que el escándalo ha llegado al colmo. ¡Oh! ¡oh!

BERNICK.—¿Que estás diciendo?

HILMAR.—Sí, los dos Americanos se han paseado por esas calles con Dina.

SRA. BERNICK.—*(Yendo hácia él)* ¿Es posible, Hilmar?

HILMAR.—¡Ay sí! Por desgracia es la pura ver-

dad ¡Lona ha llevado su imprudencia hasta llamarme! pero yo he hecho como que no oía.

BERNICK.—Lo cual, seguramente, no habrá pasado inadvertido, no es eso?

HILMAR.—Puedes figurártelo. La gente se paraba á mirarlos. La noticia de su llegada, ha corrido por toda la ciudad como un reguero de pólvora. Todos los balcones estaban llenos de gente que esperaba que pasara la comitiva. Tras de las cortinas se escondían cabezas ¡Oh! ¡oh! dispénsame Betty si te cuento esto. ¡Oh! ¡oh! espectáculos de ese género me afectan hasta el punto de... Como siga esto así, voy á tener que hacer algun viaje largo

SRA. BERNICK.—Debieras haberle hablado y advertirle.

HILMAR.—¿En medio de la calle? Ya puedes tu comprender que... Pero sobretodo atreverse él á presentarse en público... Veremos si la prensa dice luego que han llegado en algun vapor de su propiedad. Dispénsame Betty pero...

BERNICK.—¿La prensa, dices? ¿Has oído comentar la cosa?

HILMAR.—Sí, todo son comentarios. Cuando la dejé á usted ayer, fuí al club para distraerme de mi enfermedad. Por el modo como calló todo el mundo cuando yo llegué, comprendí que se hablaba de los dos americanos. Y después, ese insolente de Hammer, el periodista, vino y me dió la enhorabuena por la llegada de mi *rico* primo.

BERNICK.—¿Rico?

HILMAR.—Sí, así lo dijo él. Le contesté como se merecía y le hice presente que yo nada sabía de la fortuna del señor Johnn Tonnesen. Parece mentira, me dijo; en América se hace fortuna sobre todo cuando se tienen algunos recursos para empezar, y su primo de usted, no se fué de aquí con los bolsillos vacíos.

BERNICK.—¡Hombre! hazme el favor de...

SRA. BERNICK.—*(Afligida.)* ¡Ya lo estás viendo Ricardo!...

HILMAR.—Sea como quiera, por su culpa no he dormido en toda la noche. ¡Y aun tiene descaro para presentarse por esas calles, tan tranquilo, como si no hubiera roto nunca un plato! ¡Bien podía haber desaparecido para siempre ese buen pariente! ¡Hombre, hay personas que no parece sino que tienen siete vidas!

SRA. BERNICK.—¡Dios mío, Hilmar, que estás diciendo!

HILMAR.—Nada. Ha salido sano y salvo de todas las catástrofes; ha escapado á todos los osos de California y á todos los indios bravos. ¡Ni siquiera le han desollado vivo! ¡Oh! ¡oh! Y por eso lo tenemos hoy aquí.

BERNICK.—*(Mirando á la calle.)* ¿También está Olaf con ellos?

HILMAR.—¡Pues ya lo creo! Quieren recordar á la gente que pertenecen á las dos mejores familias de la población. ¡Mira! ¡mira! como se acercan y hacen comentarios todos los desocupados que estaban en la farmacia. Eso no pueden sufrirlo mis nervios. De esa

manera ¿cómo quiere usted que enarbolemos con energía esa bandera de moralidad que...

BERNICK.—Por aquí vienen. Mira Betty, me interesa mucho que te muestres con ellos todo lo amable que puedas.

SRA. BERNICK.—¿Puedes permitirlo Ricardo?

BERNICK.—Sí, sí. Y tú tambien, Hilmar. Consuélenos el pensar que no estarán mucho tiempo aquí. Oidme, mientras estemos aquí, para nosotros... nada de alusiones... no debemos ofenderle en nada.

SRA. BERNICK.—¡Oh Ricardo! ¡Qué generoso eres!

BERNICK.—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Déjate eso!

SRA. BERNICK.—No; quiero darte las gracias. Perdóname que haya andado algo fuerte en las palabras. Solo tú tienes razón para...

BERNICK.—¡Te digo que basta!

HILMAR.—¡Oh! ¡Oh!

ESCENA IV

Dichos, JOHANN TONNESSEN señorita LONA, Srta. DINA, OLAF.

(Llegan por el jardín Johann Tonnesen y Dina; despues Lona Hessel y Olaf.)

JOHANN.—Bueno pues; ya hemos salido; ya hemos visto de nuevo las calles y los sitios de otros tiempos.

BERNICK.—¿Está todo cambiado, verdad?

LONA.—Sobretodo hay los hermosos trabajos

del cónsul Bernick. También hemos visitado los establecimientos que has dado á la población.

BERNICK.—¿También?

LONA.—En la entrada de todos ellos leíamos «Donación del cónsul Bernick» Eres el primer ciudadano de la población.

JOHANN.—Y tienes barcos magníficos. He visto al capitán del *Palmier*, que fué compañero mío en clase.

LONA,—También has mandado construtr otra escuela.

JOHANN.—Y según tengo entendido á tí debe la población el acueducto y la fábrica del gas.

BERNICK.—Es preciso hacer algo por la sociedad en que se vive.

LONA.—Haces muy bien, cuñado. Así da verdaderamente gusto oir como te alaban; no soy vanidosa; pero no podía menos de pensar hablando con unos y otros de tí, que somos de la misma familia.

HILMAR.—¡Oh! ¡Oh!

LONA.—¿Todavía estás con tus «¡Oh! ¡Oh!»

HILMAR.—No decía eso, sino ¡Ah! ¡Ah!

LONA.—Por eso no vayas á incomodarte amiguito... Pero, según veo, estais hoy completamente solos.

SRA. BERNICK.—Si, hoy estamos solos.

LONA.—¡Mejor! Hemos visto en la plaza á varios de esos... moralizadores, y al vernos hacían como que tenían prisa. Por otra parte, tampoco teníamos nosotros mucho

que decirles. Ya los había visto ayer aquí, con el pastor.

HILMAR.—Con el vicario querrás decir.

LONA.—Con el pastor... ¿Pero que os parece de mi chico? Es un buen mozo, ¿verdad? ¿Quién reconocería en él al pícaro de hace quince años?

HILMAR.—¡Oh!

JOHANN.—¡Lona, no te enorgullezcas tanto, que no vale la pena!

LONA.—¿Y como no estar orgullosa de tí? Además, tu eres la única persona á quien he guiado en la vida.

HILMAR.—¡Guiado! ¡Oh! ¡Oh!

LONA.—Sí, Johann, cuando pienso en la manera como dimos allá los primeros pasos, con los bolsillos vacíos...

HILMAR.—¿Vacíos? A eso diré que...

LONA.—¿Qué dirás?

BERNICK.—¡Hombre!

HILMAR.—Diré que... ¡Oh! ¡Oh! *(Sale por el vestíbulo.)*

LONA.—¿Pero que le pasa?

BERNICK.—¡Oh! No le haga usted caso; ahora está algo nervioso. ¿Vamos á dar una vuelta, por el jardín? No has estado en él todavía. Precisamente dispongo de una hora...

LONA.—Con mucho gusto. Créeme que á menudo me he visto, con el pensamiento, en este jardín, entre vosotros...

SRA BERNICK.—Ya verás. También aquí hemos hecho muchas reformas.

(El cónsul, su mujer y Lona, bajan al jardín donde se les vé pasar y repasar de vez en cuando.)

ESCENA V

HILMAR, OLAF

OLAF.—*(Desde la puerta del jardín.)* Tío Hilmar ¿á qué no sabes lo que me ha preguntado el tío Johann? Me ha preguntado si quería irme con él á América.

HILMAR.—¿Un cabecita loca como tú? ¿Un niño pegado todavía á las faldas de su madre?

OLAF.—Si, pero de hoy en adelante no lo seré, y, ¡ya verás, ya verás tu cuando yo sea grande!

HILMAR.—¡Anda! ¡Anda! No tienes tu ese entusiasmo que impele á las grandes acciones, que sobreexcita los nervios, que... *(Bajan juntos al jardín.)*

ESCENA VI

JOHANN, Srta. DINA

JOHANN.—*(A Dina, que se quita el sombrero y permanece en la puerta sacudiéndose el polvo del vestido.)* ¿La ha fatigado á usted el paseito?

DINA.—Sí, pero ha sido un paseo tan agradable, que en mi vida lo había dado igual.

JOHANN.—No tiene usted la costumbre de salir por las mañanas?

DINA.—Si, salgo con Olaf.

JOHANN.—¡Ah! .. No quíere usted bajar al jardín.

DINA.—No; prefiero quedarme aquí.

JOHANN.—Yo también... Pues entonces quedamos en que cada mañana daremos un buen paseo.

DINA.—No, señor Tonnesen, vale más que no lo demos.

JOHANN.—¿Porqué, si ya me lo había usted prometido?

DINA.—Es verdad... pero bien mirado... no conviene que salga usted conmigo.

JOHANN.—¿Y eso porqué?

DINA.—Porque... Usted es forastero y no puede comprenderme, pero ya se lo explicaré.

JOHANN.—Escucho.

DINA.—No, no. Vale más que no se lo explique.

JOHANN.—¡Vamos! ¡Vamos! Conmigo puede usted hablar sin temor; trátese de lo que se trate.

DINA.—Sea pues; es menester que se lo diga... Yo no soy igual á las demás muchachas; y hay cierta dificultad... cierta dificultad para mi... que hace que tengamos que renunciar á...

JOHANN.—No entiendo palabra. ¿Acaso ha cometido usted alguna mala acción?

DINA.—Yo no; pero... ¡Ea! no hablemos más

de eso; muy pronto se lo dirán á usted otras personas.

JOHANN.—¡Malo!

DINA.—Pero yo quisiera pedirle á usted un favor.

JOHANN.—Usted dirá.

DINA.—Según parece, en América es muy fácil ganarse la vida y lograr una buena posición.

JOHANN.—No es tan fácil como le parece á usted. Cuando se empieza hay que trabajar muchísimo!

DINA.—Bueno, pues eso me gustaria.

JOHANN.—¿A usted?

DINA.—¡Oh! Yo sé trabajar, gozo de buena salud, soy fuerte y mi tía Marta me ha enseñado una porción de cosas.

JOHANN.—¡Muy bien! ¡Véngase usted con nosotros!

DINA.—¡Bueno! ¡Usted se burla! También le ha dicho usted eso á Olaf. Pero lo que yo quisiera saber es si la gente de allá es muy... muy... excesivamente moral.

JOHANN.—¿Moral?

DINA.—Es decir, si es tan decente, tan honesta como aquí.

JOHANN.—Sea como quiera no es tan mala como muchos se figuran. No tema usted por eso.

DINA.—No me entiende usted. Es que por el contrario, yo quisiera que no fueran tan nobles ni tan virtuosos.

JOHANN.—¿Entonces como han de ser para usted?

DINA.—Yo quisiera que fueran... *naturaleza.*

JOHANN.—Pues sí; eso son.

DINA.—Entonces me gustarían si yo fuera allá.

JOHANN.—Sin duda alguna. ¿De modo que se viene usted con nosotros?

DINA.—No; con usted no. Yo viajaré sola; ya sabré yo gobernarme y llegar á ser una mujer modelo.

ESCENA VII

Dichos, el señor BERNICK y la señora BERNICK.

BERNICK.—*(Desde la puerta del jardín.)* No te muevas, quédate, ya voy yo á buscarlo, querida Betty. Podrías enfriarte.

(Entra en el salón y busca el abrigo de su mujer.)

SRA. BERNICK.—Vente Johann; vamos á visitar la gruta.

BERNICK.—No; quédate Johann. Dina, llévale ese abrigo á mi mujer y quédate con ella. Johann se queda conmigo, querida Betty. Tengo que preguntarle sobre sus negocios de allá.

SRA. BERNICK.—Bueno, bueno; no tardes en venir á buscarnos. Ya sabes en donde nos encontrarás.

(La señora Bernick, la señorita Lona Hessel y Dina, salen del jardín por la izquierda.)

ESCENA VIII

Sr. BERNICK, JOHANN

BERNICK.—*(Mira como se van, cierra la puerta, vuelve hacia Johann y le coge ambas manos estrechándoselas, emocionado.)* ¡Por fin estamos solos Johan! ¡Permite que te dé las gracias.

JOHANN.—¿De qué?

BERNICK.—¡Hogar, patria, felicidad familiar, posición, todo te lo debo!

JOHANN.—Me alegro en el alma, querido Ricardo. ¿De modo que se ha concluido por fortuna, aquél estúpido enredo?

BERNICK.—*(Estrechándole otra vez las manos.)* ¡Gracias, te doy gracias con todo mi corazón! ¡Por cada mil hombres, no habria uno qué hubiera hecho por mí, lo que tú hiciste en tal ocasión.

JOHANN.—No fué sínó justicia. Ambos éramos jóvenes y ligeros de cascos; preciso era que uno de los dos tomara por su cuenta la falta del otro.

BERNICK.—¡Pero á quien, sinó al culpable, tocaba cargar con la responsabilidad?

JOHANN.—¡Alto ahí! Al inocente tocaba, puesto que yo no tenía familia y era libre. Por el contrario, tu tenías que cuidar de tu anciana madre, y además, ¿no acababas de casarte con Bétty? ¡Te amaba ella tanto! ¿Qué hubiera sido de ella al saber?...

BERNICK.—Verdaderamente. pero...

JOHANN.—¿No es cierto, también, que por causa de Betty rompistes tu con la señora Dorf? Pero, para decirlo todo de una vez ¿Dónde estabas tu aquella noche?...

BERNICK.—Si; aquella desdichada noche, cuando entró aquel hombre borracho... Sin duda Johann, por Betty fué por quien.., Pero á pesar de todo, ¡el ser tu tan en exceso generoso para permitir que te atribuyeran aquel delito y marcharte!...

JOHANN.—No te cause remordimiento, querido Ricardo. Habíamos quedado conformes en hacerlo así. Era menester salvarte. ¿Acaso no eras tu mí amigo? ¡Me enorgullecía tanto aquella amistad! Yo vivía aquí, pobre ser insignificante y abandonado, viéndome sólo cuando mis horas de trabajo terminaban; hasta que tu regresastes tan elegante, tan distinguido, de tu largo viaje por el extrangero. ¡Habías vivido en París! ¡Habías vivido en Londres! Y con todo, me tomastes por compañero, á pesar de tener cuatro años menos que tu. A decir verdad, contribuyó á ello, el estar tu enamorado de Betty, estoy conforme. ¡Pero que orgulloso me ponía aquello! ¿A quién no le hubiera ocurrido lo mismo? ¿Quién no se hubiera sacrificado, gustoso. por tí? Y sobretodo tratándose como se trataba no más de arrostrar algunas semanas de chismes y presentándoseme ocasión para marcharme lejos...

BERNICK.—Querido Johann, te lo confesaré con franqueza; no está todavía olvidada por completo aquella historia.

JOHANN.—¿No? ¿Y á mí qué? Puesto que tengo que marcharme otra vez, y aposentarme para siempre más en mi heredad.

BERNICK.—¿De modo que vuelves á marcharte?

JOHANN.—Naturalmente.

BERNICK.—Supongo que no por ahora.

JOHANN.—En cuanto pueda. Solo hé venido por dar gusto á Lona.

BERNICK.—¿De veras? ¿Y en qué le das gusto?

JOHANN.—Verás: Lona no es jóven ya, y en estos últimos meses ha sufrido mucho de nostalgia. Ella no quería confesarmelo. *(Sonriéndose.)* ¿Y cómo podía ella marcharse y dejarme solo, ¡á mí! al pícaro que á los diecinueve años se había atrevido á...

BERNICK.—¿De modo que?...

JOHANN.—Ricardo, voy á confesarte una cosa, de que todavía me avergüenzo.

BERNICK.—¿No le habrás dicho lo que pasó?

JOHANN.—Sí; se lo dije. Comprendo que hice mal, pero me fué preciso hacerlo. No puedes figurarte tu lo que Lona ha hecho por mí... Tu no has podido sufrirla nunca.. pero para mi ha sido una verdadera madre. ¡Cuanto ha trabajado por mí, durante los primeros años en que nos encontrábamos tan pobres allá! ¡Y los muchos meses que pasé enfermo sin ganar ni un céntimo! Entonces fué cuando ella partió, sin que yo pudiera impedirlo, y se fué á cantar y á declamar por los cafés. Después de esto publicó un libro, por consecuencia del cual ¡cuanto ha llorado, y cuanto se ha reído!

Ha hecho cuanto ha podido por salvarme. ¿Cómo podía yo, permitir que sufriera aquella terrible nostalgia? No, Ricardo; de ninguna manera. Entonces fué cuando le dije: Lona, «márchate y no te preocupes de mí. No soy tan ligero de cascos como á tí te parece.» Y se lo conté todo.

BERNICK.—¿Y como lo recibió ella?

JOHANN.—Respondióme con razón, que si era yo inocente, no había obstáculo que me impidiera hacer con ella un viajecito á nuestro país... Por lo demás, no temas nada; porque Lona es discreta, y yo, por mi parte, sabré contenerme la lengua.

BERNICK.—Sí, sí; estoy convencido de ello.

JOHANN.—¡Venga esa mano y no se hable más de esto! Es esta, por fortuna, la única tontería que hemos cometido...Y quiero gozar en paz de la felicidad que me guardan los pocos días que voy á pasar aquí todavía; Esta mañana, hemos dado el más deleitoso paseo que puede darse. ¡Quién había de decir que aquella pequeña Dina que en otros tiempos representaba en el teatro con nosotros haciendo el papel de angel!... Y ahora que lo pienso: ¿Qué ha sido de sus padres?

BERNICK.—Querido, no puedo decirte de ellos, más de lo que te escribí inmediatamente después de tu partida. ¿Recibistes mis dos cartas?

JOHANN.—Vaya, todavía las tengo. ¿También la abandonó el borracho de su marido?

BERNICK.—Sí; y después se rompió él la crisma, yo no sé donde.

JOHANN.—¿Y ella murió poco tiempo después, no es eso? Supongo que habrás hecho, sin llamar la atención, desde luego, cuanto te habrá sido posible hacer por ella.

BERNICK.—Era muy altiva, no dijo media palabra ni quiso recibir un céntimo.

JOHANN.—De todos modos es una buena acción el haber tomado á Dina á tu cargo.

BERNICK.—Sí, sí Por lo demás, Marta fué quien lo arregló todo.

JOHANN.—¿Marta? ¿De veras?... Donde se encuentra hoy?

BERNICK.—¡Oh!... cuando no está en la escuela, está cuidando enfermos.

JOHANN.—¿De modo que Marta se encargó de ella?

BERNICK.—Sí, su flaco han sido siempre los niños. Por eso aceptó el cargo de institutriz en la escuela comunal. Con lo cual ha hecho una verdadera locura.

JOHANN.—Ayer la hallé muy débil. Temí por su salud.

BERNICK.—No creas, goza de buena salud. Pero apesar de todo, no me gusta lo que hace. Puede figurarse la gente que no quiere su hermano mantenerla.

JOHANN.—¡Mantenerla! ¡Pues yo pensaba que tenía ella una fortuna considerable!

BERNICK.—Ni un céntimo. Ya debes recordar la situación crítica en que se encontraba mi madre, cuando tú te fuiste. Gracias á mí, al cabo de algún tiempo se pudo continuar el comercio, pero no duró aquello mucho. En una palabra, tuve que encar-

garme de todo. Y al pasar cuentas hallóse que de mi madre no me quedó casi nada. Al morir esta, naturalmente, quedó Marta sin recursos.

JOHANN.—¡Pobre Marta!

BERNICK.—¿Pobre? ¿Porqué? Supongo que tu no creerás que he permitido que le falte nada. Yo, puedo decirlo muy alto, soy un buen hermano. Ella vive con nosotros; con nosotros come; la paga entera le queda para vestirse. ¡Qué más puede desear una mujer sola!

JOHANN.—¡Psé! En América no pensamos así!

BERNICK.—Ya lo supongo. En una sociedad minada por dentro como la Americana... pase, ¡pero aquí! en nuestros pequeños círculos en donde hasta ahora, á Dios gracias, no ha penetrado todavía la corrupción!... Aquí las mujeres se conforman con una posición decente y modesta .. Además Marta se tiene la culpa; tiempo há que podía *haberse colocado*.

JOHANN.—Haberse casado, querrás decir.

BERNICK.—Sí; podía haber tomado muy buenos partidos; porque se le han propuesto muchos, y personas de muy buena posición lo cual es sorprendente, tratándose de una mujer sin fortuna que no es joven ya, y completamente insignificante.

JOHANN.—¿Insignificante?

BERNICK.—¡Oh! No se lo echo en cara; así me gusta; porque ya sabes tú que en casas grandes como la nuestra, siempre es conveniente que haya una de esas personas

sencillas, en quien se puede tener siempre confianza.

JOHANN.—Sí, pero ¿y ella?...

BERNICK.—¿Como? ¿Ella? No le faltan personas por quienes tomarse interés; nos tiene á Betty, á Olaf y á mí. Nadie debe ocuparse de sí mismo antes que de los demás. Todos debemos prestar nuestro apoyo á una sociedad cualquiera, grande ó pequeña. Al menos eso es lo que yo hago. *(Señalando á Krapp que viene por la derecha con legajos de papeles.)* Mira, ahí tienes una prueba de ello... ¿Tú te figuras que son mis propios asuntos los que así me ocupan? De ninguna manera. *(Rápidamente á Krapp.)* ¿Qué hay?

ESCENA IX

Dichos, KRAPP

KRAPP.—*(En voz baja enseñándole los dichos papeles)* Ya están arregladas todas las contratas de compra.

BERNICK.—¡Muy bien! ¡Magnífico! Con tu permiso, cuñado *(En voz baja, dándole un apretón de manos)* Gracias, y ya sabes que en todo cuanto pueda servirte.. ¡no te digo más!... Venga usted, señor Krapp. *(Entran en la sala.)*

ESCENA X

Srta. MARTA, JOHANN

JOHANN.—*(Mirándoles como se van.)* ¡Hum! *(Al ir á bajar al jardín entra Marta por la derecha con una cesta al brazo.)* ¡Toma! aquí está Marta.

MARTA.—¡Oh!. . Johann... ¿eres tú?

JOHANN.—No te vayas tan pronto ¡que prisa llevas!

MARTA.—Sí; tengo prisa... ya vuelvo.. sin duda pronto vendrán los otros. *(Intenta salir por la izquierda.)*

JOHANN.—Oyeme, Marta. ¿Tienes tanta prisa siempre?

MARTA.—¿Yo?

JOHANN.—Sí; ayer me escribíste lo mismo, y todavía no he podido hablar contigo ni una sola palabra! y ahora que...

MARTA.—Es que...

JOHANN.—¿No te acuerdas ya de lo buenos amigos que éramos antes?

MARTA.—¡Sí, pero!... ¡Hace ya tanto tiempo, Johann!

JOHANN.—¡Quince años! Ni uno más ni uno menos... ¿Me encuentras muy cambiado?

MARTA.—¿A tí? ¡Oh! ¡Si, tú también! aunque...

JOHANN.—¿Qué quieres decir con eso?

MARTA.—Nada, nada.

JOHANN.—Me parece que no te alegras mucho de volver á verme, Marta.

MARTA —¡He esperado tanto Johann, he esperado tanto!...

JOHANN.—Has esperado.. mi vuelta.

MARTA.—Sí.

JOHANN.—¿Y por qué esperabas que yo volviera?

MARTA.—Para que repararas el daño que hiciste.

JOHANN.—¿Yo?

MARTA —¿No te acuerdas ya de que, por tu culpa, ha muerto una mujer entre la vergüenza y la miseria? ¿No te acuerdas ya de que envenenaste la juventud entera de una pobre niña?...

JOHANN.—¿Y tu eres, Marta, la que me echas eso en cara? No te ha dicho nunca nada... tu hermano?

MARTA —¿Que ha de decirme mi hermano?

JOHANN.—¿No ha pronunciado nunca... una sola palabra de disculpa para mí?

MARTA.—Ya sabes Johann que, en moral, obra mi hermano segun severos principios.

JOHANN.—¡Sí, sí! Ya conozco yo los principios severos de mi antiguo amigo Ricardo... ¡Pero á pesar de eso!... Mira, acabo de hablar con él y hallo que bajo ese punto de vista ha cambiado él más que tu.

MARTA.—¿Cómo puedes decir eso, si Ricardo ha sido siempre un hombre honrado, inflexible?

JOHANN.—No quiero decir eso. . Ea! dejémoslo,

ahora ya sé como me consideras; esperabas la vuelta del hijo pródigo.

MARTA.—Oyeme Johann, voy á decirte lo que estoy pensando: *(Señalando al jardín.)* ¿Ves aquella muchacha que está jugando con Olaf? Es Dina. ¿Te acuerdas de la ininteligible carta que me escribistes después de tu partida? Me rogabas que tuviera confianza en tí, y en ti he tenido confianza, Johann; porque todo lo malo que de tí decían, podía ser hijo del error, de una hora de locura.

JOHANN.—No te entiendo.

MARTA.—Harto bien me entiendes; pero no hablemos de eso; tu te fuistes para comenzar una vida nueva, y yo, Johann, yo tu antigua amiga, he ocupado tu puesto: los deberes que no has podido ó no has querido cumplir, los he tomado yo por mi cuenta; y esto te lo digo porque no tengas remordimiento He sido una madre para esa pobre niña y la he educado lo mejor que he podido.

JOHANN.—¿Y para eso has quebrantado tu vida?

MARTA.—No he quebrantado mi vida; pero ¡es que has venido tan tarde, Johann!

JOHANN.—¡Marta!... ¡Ah; si yo pudiera contártelo todo! Permíteme al menos que te de gracias por la simpatía que me muestras.

MARTA.—*(Sonriéndose còn esfuerzo)* Y ahora que nos hemos dado completas explicaciones, Johann... ¡Callemos!. . Alguien viene. Adiós, no puedo hacer más.

(Vase por la segunda puerta de la derecha. La señorita Hessel, llega del jardín.)

ESCENA XI.

JOHANN. Señora BERNICK.
Señorita LONA.

SRA. BERNICK.—*(Desde el jardín.)* ¡Pero Jesús! Lona. ¿Que te pasa?

LONA.—Te digo que me dejes, quiero y debo hablar con él.

SRA. BERNICK.—¡Pero! ¡Que horroroso escándalo sería! ¿Estás ahí todavía, Johann?

LONA.—¡Ea, vete! ¿Que tienes que buscar en esta habitación? Vete al jardín á hablar con Dina.

JOHANN.—Precisamente iba á ..

SRA. BERNICK.—Pero...

LONA.—¿Oye Johann, has mirado á Dina con atención?

JOHANN.—¡Creo que sí!

LONA.—Bueno, pues mírala con mucha atención. Esa es la mujer que te conviene.

SRA. BERNICK.—¡Pero, Lona!

JOHANN.—¿Que esa es la mujer que me conviene?

LONA.—¡Sí; ves á mirarla te digo! ¡Vamos!

JOHANN.—Con mucho gusto. (*Se va al jardín.*)

ESCENA XII.

Señora BERNICK, Señorita LONA.

SRA. BERNICK.—¡Lona, yo estoy horrorizada! ¿Supongo que esto no será formal?

LONA.—¡Es muy formal! Ella es despierta, robusta, y bien educada; justamente lo que le conviene á Johann; pues, más utilidad le reportará una esposa, que una anciana hermanastra como yo.

SRA. BERNICK.—¡Casarlo con Dina! ¡Con Dina Dorf! ¡pero tu reflexiona...

LONA.—Ante todo reflexiono acerca de su felicidad; y es menester que yo le ayude, porque él, no entiende nada en estas cosas, pues es muy tímido con las mujeres y con las jóvenes.

SRA. BERNICK.—¿Tímido Johann? ¡Pues á mi me parece que dió una prueba muy desdichada de lo contrario!...

LONA.—¡Ea! ¡vayan al diablo esos chismes! ¿Dónde está Bernick? Necesito hablar con él.

SRA. BERNICK.—Te aconsejo que no lo hagas, Lona.

LONA.—¡Oh! Sí, sí; aunque no se quisieran, habría que hacerles casar, y Bernick es persona harto inteligente para encontrar la manera de...

SRA. BERNICK.—¿Y tu piensas que va él á permitir ese modo de obrar á lo Americano?

LONA.—Eso son tonterías, Betty. .

SRA. BERNICK.—Piensas tu que un hombre, de tan severa moralidad como Ricardo...

LONA.—Vamos cállate; no le pasará por la cabeza llegar á ese extremo de severidad.

SRA. BERNICK.—¿Que quieres decir con eso?

LONA.—Quiero decir que en resumidas cuentas no será Bernick *mucho* más moral que los demás.

SRA. BERNICK.—¡Según veo le odias aun vivamente!... ¿A que has venido aquí, si todavía te acuerdas de..? No puedo comprender como después de a vergonzosa disputa que con él tuvistes, te atrevas a comparecer ante él.

LONA.—Tienes razón, Betty he hecho mal.

SRA. BERNICK.—*(Con generosidad.)* ¡Y á pesar de eso, él te ha perdonado' ¡El que no tiene nada de que acusarse! No tiene él la culpa de que tu te hayas formado vanas esperanzas. Y desde entonces también me odias á mí. *(Rompiendo á llorar.)* Nunca me has perdonado mi felicidad; y has venido aquí para destruirla; para demostrar á la población entera la odiosa parentela que le he traido á mi esposo. Esa es la venganza que tu has meditado y en cuya ejecución te complaces ahora. Es atroz lo que estás haciendo conmigo. *(Váse llorando por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA XIII.

Señorita LONA. (Sola.)

LONA.—*(Mirando como se vá.)* ¡Pobre Betty!

ESCENA XIV

Srta. LONA, Sr. BERNICK

BERNICK.—*(En la puerta de su habitación.)* Si, si; está muy bien, perfectamente; mande usted, señor Krapp, quinientos marcos á la compañía para los menesterosos y mendigos. *(Volviéndose hacia Lona)*. ¡Lona! ¿estás sola? ¿es que no viene Betty?

LONA.—No. Voy á ver donde está.

BERNICK.—No es menester, querida Lona; no puedes figurarte cuan ardientemente he deseado poder explicarme contigo con franqueza, é implorar tu perdón.

LONA.—Mira Ricardo, dejemos á un lado el sentimentalismo; que no nos sienta bien.

BERNICK.—Es que tienes que escucharme, Lona. Ya sé que las apariencias van en contra mía; ya sé que te han contado la desdichada historia en que la madre de Dina... Te juro que no fué aquello sinó un pasajero error, y que yo te amaba honda y sinceramente.

LONA.—¿Tú te preguntarás sin duda porque he venido, verdad?

BERNICK.—Sean cuales quieran tus propósitos, te pido que no ejecutes resolución alguna antes de que yo me haya justificado. Puedo hacerlo, ó por lo menos puedo defenderme.

LONA.—¡Ahora temes! Dices que me has amado; lo creo, porque tus cartas me lo han demostrado en varias ocasiones. Quizás consistía aquello en que vivías en el extranjero, solo, en paises libres, en donde adquirías yo no sé que valor, que nobleza, y qué independencia. Quiza hallabas en mí entonces más firmeza de carácter que en muchas otras; y además era un secreto entre ambos; nadie podia regañarte por aquél extraño capricho.

BERNICK.—Lona, ¿como puedes pensar que...

LONA.—Pero al volver, cuando viste que la población me ponía en ridículo y se indignaba contra lo que llamaba mis extravagancias...

BERNICK.—¿Por qué no procuraste acomodarte al carácter de la gente de aquí?

LONA.—Porque ódio la hipocresía. Después conociste á aquella jóven y seductora actriz...

BERNICK.—Fué aquello una hora de locura y nada más ¡te lo juro! Solo una décima parte de lo que dicen por ahí, de este asunto, es cierto.

LONA.—Puede ser; ¡pero al volver aqui Betty, joven, linda y amada! cuando supiste que íba á heredar toda la fortuna de nuestra tía y que á mí no me tocaba nada...

BERNICK.—A eso iba; ahora es preciso que me oigas sin interrumpirme; entonces no ama-

ba yo á Betty; no fué un nuevo amor el que me determinó á romper contigo, sinó su fortuna; la casa estaba endeudada y tuve que ceder.

Lona.—¿Y te atreves á decirme eso?

Bernick.—Sí; pero, óyeme Lona...

Lona.—¿No me escribiste que te sujetaba á Betty un amor invencible? ¿No apelaste á mi generosidad? ¿No me suplicaste que callara, por amor á Betty, lo que había pasado entre nosotros?

Bernick.—Te digo que era preciso.

Lona.—A fé, que siendo así no me arrepiento de mi cólera...

Bernick.—Permite que diga reposada y friamente, la situación en que nos encontrábamos. Ya te acuerdas de que mi madre dirigía la casa; pero no poseía ni pizca de discernimiento comercial y tuve que volverme á París deprisa y corriendo. La situación era crítica en extremo; era menester arreglarlo todo. Al llegar advertí, y esto es un secreto que quedó oculto en lo más hondo de mi corazón, digo que advertí que la casa amenazaba inminente ruina, y si he de ser franco diré que estaba ya arruinada ¡Arruinada aquella casa tan respetada durante cerca de un siglo! ¡Qué me tocaba hacer, á mí, al hijo, al hijo único, sino buscar un medio de salvación?

Lona.—¿Y tú. Bernick. has salvado la casa á costa de una mujer?

Bernick.—¿No sabes cuanto me amaba Betty?

Lona.—¿Pero, y yo?

Bernick.—Créeme, Lona, no hubieras sido feliz conmigo.

Lona.—De modo que me abandonaste por mi bien, ¿no es eso?

Bernick.—¿Te figuras que fué por egoismo? Si yo hubiera sido libre, solo, sin deberes qué cumplir, ciertamente, hubiera cumplido la palabra que te dí! ¡Ah! no puedes figurarte como le abruman al hombre de negocios, las terribles responsabilidades con qué carga! Llega á ser por decirlo así extraño á sí mismo; piensa que la fortuna ó la miseria de miles de personas dependen de él. Y además, ¿acaso no hubiera sufrido las fatales consecuencias de la bancarrota de la casa Bernick, esa sociedad á la que ambos pertenecemos?

Lona.—¿De modo que por miramientos para con esa sociedad, has sido fiel durante quince años á tal mentira?

Bernick.—¿A qué mentira?

Lona.—¿Está Betty enterada de lo que pasó antes y después de unirte á ella?

Bernick.—¿Para qué ofenderla con tan inútil confesión?

Lona.—¡Inútil dices?... ¡Bien se echa de ver que eres hombre de negocios, y debes de conocer perfectamente lo que es útil y práctico! Pero mira Ricardo, ahora me toca á mí hablar reposada y friamente. Dime, ¿eres feliz ahora?

Bernick.—¿En mi matrimonio quieres decír?

Lona.—Sí.

Bernick.—Pues sí, Lona; soy feliz; tu afecto y

abnegación no fueron en balde. Mi felicidad ha aumentado de año en año, porque Betty es complaciente y afable y con el tiempo se ha adaptado á mi manera de pensar...

LONA.—¡Quién sabe!

BERNICK.—Antes tenía en cuanto al amor. opiniones muy exageradas. No podía caberle la idea de que las más ardientes pasiones se transformaban con la edad en dulce amistad.

LONA.—¿Y al fin se ha resignado, verdad?

BERNICK.—Si, ya puedes figurarte que en su contínuo trato conmigo se ha ido desarrollando poco á poco. Es menester andar acordes en la vida, si se quiere ocupar dignamente el puesto que corresponde á cada cual; así lo ha entendido Betty, y por eso es hoy nuestro hogar un hogar modelo.

LONA.—¿Pero no se sabe nada en la población de tus mentiras?

BERNICK.—¿De mis mentiras?

LONA.—¡Sí, de tus mentiras que duran ya quince años!

BERNICK.—¿A eso llamas tú?...

LONA.—Mentiras, tres veces mentiras; mentiras en cuanto á mí, mentiras en cuanto á Betty y mentiras en cuanto á Johann.

BERNICK.—Jamás Betty me ha preguntado nada sobre eso.

LONA.—Porque nada ha presumido.

BERNICK.—Y por consideración á ella no exigirás tú que yo le diga...

LONA.—¡Oh! Yo tengo fuerzas suficientes para sobrellevar el ridículo...

BERNICK —Tampoco lo exige Johann, puesto que me lo ha prometido.

LONA.—Pero Ricardo, ¿no has pensado nunca en que debes confesar esa mentira?

BERNICK.—¡Pensar en sacrificar mi felicidad doméstica y mi posición social!

LONA.—¡Pero, en fín, que derecho tienes á tu felicidad!

BERNICK.—El que me concede el haber ido adquiriendo durante quince años, un poco cada día de ese derecho, con todo lo que he hecho, con todo lo que he llevado á cabo.

LONA.—Mucho has hecho por los otros, pero también mucho por tí. Eres el hombre más influyente de la población; todo el mundo se postra ante tí, porque tu reputación está sin mancha; tu casa pasa por una casa modelo; tu vida por una vida ejemplar; pero esa buena fama estriba sobre un terreno cenagoso, y puede llegar quizá un momento, en que la menor palabra pronunciada puede sumergirte en el lodo, por no haber tenido tú, la precaución de ponerte en salvo á su debido tiempo.

BERNICK.—¿Qué te propones hacer?

LONA.—Quiero ayudarte Ricardo, á afirmar el terreno en que pones los piés.

BERNICK.—No; lo que quieres tú es vengarte. Ya me lo figuraba; pero no lo conseguirás, porque aquí no hay sino una persona que tenga derecho á hablar, y esa, no hablará.

LONA.—¿Lo dices por Johann?

Bernick.—Si, por Johann lo digo. Si alguién me acusa yo negaré, y él mismo me defenderá con su vida si es preciso... No te saldrás con la tuya... te lo juro. Aquél solo que puede perderme, quiere callarse y se marchará muy pronto.

ESCENA XV

Srta. LONA, Sr. BERNICK, señor RUMMEL y Sr. WIEGELAND.

(Llegan por la derecha Rummel y Wiegeland.)

Rummel.—Buenos días, amigo Bernick. ¿Te vienes con nosotros al Círculo del Comercio? Ya sabes que nos vamos á reunir para el negocio de la vía férrea.

Bernick.—¡No puedo; me es imposible!

Wiegeland.—Es necesario en absoluto que venga usted, señor cónsul.

Rummel.—Sí, es necesario, Bernick; porque hay personas que están en contra de nosotros; el periodista Hammer y algunos otros, son partidarios de una vía en la costa, y pretenden que el nuevo proyecto favorece sobretodo á ciertos intereses privados...

Bernick.—Díganles que...

Wiegeland —Todo cuanto les diremos no nos conducirá á nada, señor cónsul.

Rummel.—No, no; es menester que vengas, nadie se atreverá á sospechar eso de tí!

Lona.—Con efecto.

BERNICK.—Pero es que no puedo; créanme ustedes, es que estoy algo indispuesto; esperen al menos que... que me reponga.

ESCENA XVI

Diehos, Sr. RORLUND

RORLUND.—*(Entra por la derecha.)* Usted dispense señor cónsul, pero estoy tan alterado que...?

BERNICK.—Está usted dispensado; que le pasa á usted?

RORLUND.—Una pregunta nada más; ¿ha sido usted, señor cónsul, quien ha permitido que la jóven que usted recogió vaya con el hombre que...?

LONA.—¿Con qué hombre, señor pastor?

RORLUND.—Con el hombre que más que ningun otro en la tierra, debiera mantenerse alejado de ella.

LONA.—¡Oh!

RORLUND.—¿Ha sido usted quien lo ha permitido, señor cónsul?

BERNICK.—*(Buscando el bastón y los guantes.)* No sé de que me habla usted; usted me dispensará, pero tengo mucha prisa; tengo que ir al Círculo del Comercio.

ESCENA XVII

Dichos, HILMAR, RORLUND, Sra. BERNICK, Srta. LONA.

HILMAR.—*(Viene del jardín.)* ¡Betty! ¡Betty! Betty!

SRA. BERNICK.—¿Qué ocurre?

HILMAR.—Haz el favor de bajar al jardin y pon fín á los galanteos que el *quidam* se permite dirigir á Dina; tengo los nervios excitadísimos.

LONA.—¡Viva, viva! ¿que ha dicho ella?

HILMAR.—Pues que quiere marcharse á América con él! ¡Ni más ni menos! ¡Oh! ¡Oh!

RORLUND.—¿Es posible?

SRA. BERNICK.—¿Qué estás diciendo?

LONA.—¡Pero qué bien estaría eso!

BERNICK.—No, sin duda no has oido bien, Hilmar.

HILMAR —Pregúntaselo tú mismo; aquí viene la pareja; no me metais en ese enredo!

BERNICK.—*(A Rummel y á Wiegeland.)* Al momento soy con ustedes. *(Salen Rummel y Viegeland por la derecha.)*

ESCENA XVIII

Dichos, JOHANN y DINA

JOHANN —¡Viva! ¡Dína se viene con nosotros!

SRA. BERNICK.—Pero Johann, ¿estás loco?

RORLUND.—¿Será verdad? ¡Tal escándalo pone los cabellos de punta! ¡Qué seducciones ha empleado usted para...

JOHANN.—¡Poco á poco, mi buen amigo, con lo que está usted diciendo!

RORLUND. — Respóndame usted, Dina: ¿Ha concebido usted libremente ese proyecto?

DINA.—¡Sí! necesito irme lejos de aquí.

RORLUND.—¿Pero con él? ¡¡¡Con él!!!

DINA.—¿Quién, sino él, tendrá valor para llevarme?

RORLUND.—Bueno, pues ahora, va usted á saber quien es ese hombre.

JOHANN.—¡Cállese usted!

BERNICK.—¡Ni una palabra más!

RORLUND.—¡Mal comprendería yo los deberes que me impone mi cargo de guardián de la moral, y sería indigno para ella de haber trabajado en su educación, que me ha!...

JOHANN. —¡Cuidado con lo que habla usted!

RORLUND.—Va usted á saberlo todo, Dina: ¡Ese hombre, es el que ha arrojado á su madre de usted á la miseria y á la vergüenza públicas!

BERNICK.—¡Señor pastor!

DINA.—¡El! *(A Johann.)* ¡Es verdad, eso!

JOHANN.—¡Contéstale tú, Ricardo!

BERNICK.—¡Basta! ¡Basta!

DINA.—¡De modo que es verdad!

RORLUND.—¡Sí, es verdad, es verdad! ¡Aún hay más!... ¡Ese hombre á quien con tal ligereza se ha confiado usted, no se marchó de aquí con los bolsillos vacíos... La caja de la señora Bernick madre,. . El señor Ricardo puede atestiguarlo!...

LONA.—¡Mentira!

BERNICK. –¡Oh!

SRA. BERNICK.—¡Dios mio! ¡Dios mio!

JOHANN.—*(Adelantándose con la mano levantada.)* ¡Se atreve usted á...

LONA.—*(Poniéndose de por medio.)* ¡No le pegues, Johann!

RORLUND.—Si, desahogue conmigo su cólera; no dejaré por ello de decir la verdad. ¿Acaso no lo ha confesado él mismo, señor cónsul? ¿Acaso no lo sabe ya la población entera?... ¡Dina, ahora ya sabe usted quien es ese hombre! *(Pausa corta.)*

JOHANN.—*(En voz baja, tomando del brazo á Ricardo.)* ¡Oh Ricardo, Ricardo! ¿Qué has hecho!

SRA. BERNICK.—*(Llorando.)* ¡Y pensar que soy yo, Ricardo, la que te causa esta vergüenza!

ESCENA XIX

Dichos, SANDSTAD

SANDSTAD.—*(Llega muy deprisa y llama al cónsul con la mano.)* Es menester que venga usted inmediatamente, señor cónsul; el asunto está pendiente de un hilo.

BERNICK.—*(Azorado.)* ¿Qué ocurre? ¿Qué debo hacer?

LONA.—*(Grave.)* Es menester que vayas y defiendas tu sociedad, cuñado.

SANDSTAD.—Sí, véngase, véngase; necesitamos de toda su influencia.

JOHANN.—*(En voz baja.)* Bernick, mañana hablaremos. *(Se va por el jardín. Bernick, dominado, se vá con Sandstad.)*

TELÓN



ACTO TERCERO

Jardín-salón, en casa del cónsul BERNICK. Este, muy alterado y con un bastón en la mano, sale de la segunda habitación de la izquierda y cierra la puerta violentamente.

ESCENA PRIMERA

BERNICK (solo.)

BERNICK.—¡Ea!.. Me parece que esta vez no han sido bromas; no se olvidará del castigo que acaba de recibir. *(A alguien que está en la habitación.)* ¿Qué dices? Yo, yo te lo digo; eres una madre sin prudencia; le defiendes, le dispensas todas sus picardías... ¿Qué no son picardías?... ¿Entonces que son? ¡Escabullirse de noche de la casa y estarse hasta cerca de las seis de la mañana con los pescadores! ¡Ponerme en un cuidado tan grande, teniendo yo tantas cosas en qué pensar! Y todavía se atreve, el muy

bandido, á amenazarme con huir!... ¡Qué lo pruebe si quiere!... ¿Tú? si; ya lo creo, á tí en el fondo tanto se te dá de que sea ó no un infeliz. ¡Pues me parece que si llegara á morirse...! ¿Perfectamente?... Pues á mí no me conviene quedarme sin hijo... ¡Ea, basta de recriminaciones, Betty!... Estoy decidido á que se quede arrestado. *(Manda callar con un signo.)* ¡A callar! que no quiero que nadie se entere.

ESCENA II

BERNICK, KRAPP

KRAPP.—*(Llega por la derecha.)* ¿Puedo hablar con usted, un momento, señor cónsul?

BERNICK.—*(Tirando el bastón.)* Sí, ¿viene usted de los talleres?

KRAPP.—Directamente; si señor.

BERNICK.—¿Y qué? ¿Va bien el *Palmier*?

KRAPP.—El *Palmier* saldrá mañana pero...

BERNICK.—¿Y el *Indian Girl* también? ¡Ya sabia yo que ese testarudo de...

KRAPP.—También el *Indian Girl* podrá salir mañana... pero ¡es seguro que no llegará muy lejos!

BERNICK.—¿Qué está usted diciendo?

KRAPP.—Usted me dispensará, señor cónsul, pero está abierta esa puerta y temo que alguien nos oiga ..

BERNICK.—*(Cierra la puerta.)* ¿Qué pasa pues, que no puede oirlo nadie?

KRAPP.—Pasa... pasa que Aune el contramaestre del taller, se propone evidentemente hacer naufragar el *Indián Girl*, con carga y pasajeros.

BERNICK.—¡Y eso! ¿Como puede usted sospechar eso?

KRAPP.—No puedo explicarme de otro modo lo que...

BERNICK.—Cuéntemelo en pocas palabras.

KRAPP.—Bueno pues; ya sabe usted mismo lo despacio que andaba el trabajo en los talleres desde que se entregaron las máquinas nuevas á todos esos obreros inexpertos...

BERNICK.—Lo sé.

KRAPP.—Pues, hoy al llegar al taller, he notado con sorpresa que las reparaciones del navío americano habían adelantado mucho. El fondo de cala, que ya sabe usted que estaba completamente carcomido...

BERNICK.—Sí, ¿qué?

KRAPP.—Lo hallé, en apariencia, completamente recubierto! Según parece el mismo Aune ha estado trabajando en él con luz, toda la noche...

BERNICK.—Bueno, bueno ¿y qué más?

KRAPP.—He bajado á examinarlo. Los obreros estaban almorzando. He podido recorrerlo enteramente, sin ser visto de nadie; venciendo grandes dificultades, he logrado llegar hasta la cala, señor cónsul, y allí he hecho descubrimientos estupendos.

BERNICK.—No puedo creerlo, señor Krapp;

ni puedo ni quiero creer que Aune haya hecho cosa semejante.

KRAPP.—Mucho siento tener que decirlo, pero es la pura verdad. Le digo á usted que he hecho singulares descubrimientos. Ni siquiera se han colocado nuevas vigas; se han limitado á reunir y sujetar las tablas; en fin, un trabajo hecho de cualquier manera, tanto, que yo juro que el *Indian Girl* no llegará hasta Nueva York; se hundirá como si fuese plomo.

BERNICK.—¡Esto es atroz! ¿Y, según usted, que intención lleva con eso?

KRAPP.—Querrá desacreditar las nuevas máquinas y al mismo tiempo vengarse; porque ya sabe usted que quiere que vuelvan á entrar los antiguos obreros despedidos.

BERNICK.—¿Y para eso sacrifica la vida de tantas personas?...

KRAPP.—¡Oh! No hace mucho que dijo: «Esos del *Indián Girl* no son hombres, sinó brutos».

BERNICK.—Sí, si, puede ser, pero ¿y el capital enorme que va á perderse?

KRAPP.—Ya sabe usted, señor cónsul que á Aune no le gustan los capitales.

BERNICK.—Es cierto, es cierto. Aune es un revolucionario, pero ¡un hecho tan monstruoso!... Mire usted, señor Krapp, es menester examinar eso, sin decir á nadie media palabra; porque sí la gente se enterara murmuraría de nuestros talleres.

KRAPP.—¡Claro está!

BERNICK.—Bueno pues al mediodía, durante

el descanso, haga usted un nuevo reconocimiento; es menester que tengamos completa certeza del hecho.

KRAPP.—Iré señor cónsul .. pero, usted dispense... ¿qué intenta usted hacer?

BERNICK.—Como es natural, le denunciaré, porque no quiero que me acusen de ser cómplice de semejante crimen; quiero tener tranquila la conciencia; y por otra parte, hará buen efecto en la prensa y sobre todo en los círculos el saber que dejo á un lado toda consideración personal para permitir que se haga justicia.

KRAPP.—Tiene usted razón, señor cónsul.

BERNICK—Ante todo haga usted un exámen concienzudo y no diga á nadie media palabra.

KRAPP.—No chistaré y puede usted estar seguro de que haré un reconocimiento concienzudo. *(Sale y atraviesa por el jardín.)*

ESCENA III

BERNICK, HILMAR

BERNICK.-*(A media voz.)* ¡Esto es atroz! Pero... no puede ser. *(Al entrar en su habitacion, llega Hilmar por la derecha.)*

HILMAR.—Buenos días, Bernick; te doy la enhorabuena por haber salido victorioso de tus enemigos.

BERNICK.—¡Muchas gracias!

HILMAR.—Según me han dicho, ha sido una

victoria brillante: la burguesía inteligente triunfando del egoismo y los prejuicios; algo asi como una *razzia* francesa á costa de las kábilas... Todo lo cual es más digno de aprecio teniendo en cuenta el desagradable suceso de ayer...

BERNICK.—Bueno, bueno, déjate eso.

HILMAR.—Pero queda por ganar la batalla principal.

BERNICK.—¿Acerca del negocio de la vía férrea?

HILMAR.—Sí, ¿no sabes lo que está urdiendo contra nosotros el periodista Hammer?

BERNICK.—(*Ansioso.*) No. ¿Qué?

HILMAR.—Se ha hecho eco de cierto rumor que corre y quiere escribir acerca de él un artículo.

BERNICK.—¿Cierto rumor?

HILMAR.—Sí; acerca de ciertas compras considerables de terreno, á lo largo del empalme.

BERNICK.—¿Que estás diciendo? ¿Se ha difundido por ahí ese rumor?

HILMAR.—¡Pues ya lo creo! No se habla de otra cosa en toda la población; ahora mismo se estaba tratando de eso en el círculo: decían que cierto abogado había comprado en secreto todos los bosques, terrenos y cascadas y ¿que se yo?

BERNICK.—¿No dicen para quién los ha comprado?

HILMAR.—En el Círculo se supone, que lo habrán hecho para alguna compañía extrangera que habrá tenido noticias de tus proyectos, y que se ha dado prisa en com-

prarlo antes de que los precios suban... ¿Es odioso, verdad?

BERNICK.—¿Odioso?

HILMAR.—Sí; ¡venir los estrangeros á meterse de ese modo en nuestra casa, y prestarse á servirle un abogado de la población! ¡De modo que ahora, todos los beneficios, serán para los extrangeros!...

BERNICK.—¿Bueno, pero todo eso no es sino un rumor muy ligero?

HILMAR.—Al que no obstante, se le concede mucha importancia; y mañana ó pasado le dedicará Hammer un artículo. Todo el mundo está descontento, y hé oído decir á muchos que, como la noticia se confirme, van á borrarse de la lista de accionistas.

BERNICK.—¡No puede ser!

HILMAR.—¿Que no puede ser? ¿Piensas qne todos esos comerciantes toman parte en la empresa por gusto? El que más y el que menos, tiene hechos sus cálculos.

BERNICK.—Te digo que no puede ser: nuestra pequeña sociedad tiene bastante juicio para...

HILMAR.—¿Eso crees? ¡Claro! Como eres optimista y juzgas á los demás segun tu mismo; pero yo que soy buen observador... Mira; no hay aquí una sola persona, salvo nosotros, que enarbole dignamente la bandera intelectual. *(Va hácia el fondo del salón.)* ¡Oh! ¡oh! ¡Ya están aquí!

BERNICK.—¿Quién está aquí?

HILMAR.—Los dos Americanos. *(Mirando á fuera.)* ¿Pero quien viene con ellos? ¡Dios nos

asista!... El capitan del *Indian Girl*... ¡Oh! ¡Oh!

BERNICK.—¿Que tendrán que ver con él?

HILMAR —Esa compañía les conviene; sin duda, habrá sido él tratante en esclavos ó corsario y los otros dos.... ¡Dios sabe lo que habrán sido!

BERNICK.—Eres muy injusto para con ellos al decir eso.

HILMAR.—Tu eres optimista... Ahora tendremos que sufrirlos; pero yo me escapo antes de que lleguen. *(Sale por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA IV.

Srta. LONA, HIMAR.

LONA.—*(Llega por la izquierda.)* ¿Oye, Hilmar, es que huyes de mi?

HILMAR.—De ninguna manera; es que llevo prisa, pues tengo que hablar con Betty. *(Entra en la segunda habitación de la izquierda.) (Pausa.)*

ESCENA V.

BERNICK, Srta, LONA.

BERNICK.—¿Que hay Lona?

LONA.—¡Eso! ¿Que hay?

BERNICK.—¿Que piensas de mí hoy?

LONA.—Lo que pensaba ayer... Cuestión de mentira más ó menos ..

BERNICK.—Tengo que explicártelo. ¿Donde está Johann?

LONA.—Viene enseguida; tenía que arreglar un asunto.

BERNICK.—Ya puedes comprender, después de lo que ayer viste que mi vida habrá fracasado para siempre, si llega á saberse la verdad.

LONA.—Lo comprendo.

BERNICK.—No hay que decir, que no he sido yo el que ha hecho circular el rumor de que la caja fué robada por...

LONA.—No hay que decirlo, desde luego; pero ¿Quién fué el ladrón?

BERNICK.—No hubo tal ladrón, porque no se robó nada. ¡Ni un céntimo!

LONA.—¿Como puede ser eso?

BERNICK.—Te digo que no se robó ni un céntimo.

LONA.—¿Entonces, como se ha originado esa infame suposición de que Johann?...

BERNICK.—Lona, me parece que á tí mejor que á nadie puedo confiarme; no te ocultaré nada. Yo tengo mucha culpa de que ese rumor se haya difundido.

LONA.—¿Como? ¿Tu? Tu has hecho eso contra el que, por salvarte ..

BERNICK.—No me vituperes sin conocer la situación en que me encontraba; ya te lo expliqué ayer; al volver de mi viaje por el extranjero, encontré á mi madre comprome-

tida en gran cantidad de negocios desatinados; y todo ello agravado por mil circunstancias imprevistas; todo se volvía contra nosotros y la casa estaba á punto de arruinarse. Por muy ligero de cascos que yo fuera, no dejaba de estar desesperado; el quererme distraer de aquellos cuidados influyó mucho en las desventuradas relaciones cuyo resultado fué la partida de Johann.

LONA.— ¡Pudiera ser!

BERNICK.—Y ya puedes figurarte los chismes que se inventaron al partir tu con Johann. Unos decían: «No será esa su única calaverada», decían otros: «Le ha dado á Dorf una crecida cantidad para que se vaya y le deje tranquilo» Y como en esto, se supo que nuestra casa se veía en grande aprieto para pagar sus deudas, ¿que cosa mas fácil para todos esos chismosos que juntar estos dos hechos? «Claro, decían, como aquí vivía pobremente ha robado dinero para huirse á América» Y todas esas figuraciones iban aumentando cada día más.

LONA.—¿Y qué decías tú á ello, Ricardo?

BERNICK.—Pues yo me agarré á aquel embuste como á una tabla de salvación.

LONA.—¿Y contribuiste á difundirlo?

BERNICK.—No: me limité á no desmentirlo. Los acreedores nos apretaban, y solo gracias á esa calumnia, pudimos conseguir que se prorrogaran los plazos y poner fin á las dudas que ya inspiraba nuestra casa. Y así resultaba que habíamos sufrido el golpe de una desgracia imposible de prevenir y si no se nos apretaba mucho, y se nos daba tiem-

po para reponernos, todo el mundo sería pagado.

Lona.—¿Y lo fué todo el mundo?

Bernick.—Sí, Lona; aquella falsa acusación nos salvó y á ella debo lo que soy ahora.

Lona.—¡Luego á una mentira debes lo que eres!

Bernick.—Entonces no perjudicaba á nadie esa mentira, puesto que Johann no pensaba volver nunca más aquí.

Lona.—¿No perjudicaba á nadie? Penetra un poco en tu conciencia y pregúntale si ha sido ó no perjudicial para alguien.

Bernick.—En las almas de todos los hombres siempre hay alguna manchita que tapar.

Lona.—¿Y vosotros, según creo, os llamais puntales de la sociedad?

Bernick.—Somos los mejores que la sociedad tiene.

Lona.—¿Pero se perdería mucho con que se derribara una sociedad así? A dos cosas solas rinde culto: á la hipocresía y á la mentira; ni más ni menos. Tu eres el hombre más bien considerado de la población; el más dichoso, más rico, más poderoso, más reverenciado, ¡tú, que has permitido que se hunda un inocente con el peso del delito!

Bernick.—¿Te figuras que no tengo en cuenta los agravios que le he hecho y que nó será la mayor felicidad para mí repararlos?

Lona.—¿Repararlos? ¡Como! ¿Por medio de una pública declaraciòn?

Bernick.—¿Puedes tu exigirme eso?

Lona.—¿Pues de qué otra manera puedes reparar una injusticia tan grande?

Bernick.—Soy rico, Lona, y todo lo que Johann me pida...

Lona.—¿Eso piensas? ¡Ofrécele dinero y verás lo que te responde!

Bernick.—¿Sabes acaso lo que se propone hacer?

Lona.—No. Desde ayer está muy pensativo y no habla media palabra; parece como que aquél incidente le ha transformado en otro..

Bernick —Tengo que hablarle.

Lona —Mírale; aquí viene.

ESCENA VI

BERNICK, JOHANN

Bernick.—*(Saliendo á recibir á Johann)* ¡Johann!

Johann.—*(Haciendo ademán de marcharse.)* Tengo que... Ya te dí ayer palabra de callarme...

Bernick.—Sí, pero...

Johann.—Verdad es que yo no sabía ún...

Bernick.—Johann, deja que te explique en dos palabras la situación en que me encontraba.

Johann.—No es menester. Ya me la figuro. La casa estaba á punto de irse á pique; tú gozabas de reputación sin tacha; yo había partido; entonces me cargaste con el delito; de modo que no te pediré cuenta de ello;

porque además, en aquella época ambos éramos igualmente jóvenes y ligeros de cascos. Pero ahora ya es menester que la verdad se sepa, es menester que hables tú.

BERNICK.—¡Ahora precisamente en que más que nunca necesito de toda la consideración que se me tiene! ¡No puede ser! ¡No puede ser por ahora!

JOHANN.—Poco me importa de las voces que has difundido; pero sí de lo otro de que debes hacerte responsable. Dina va á ser mi esposa. Aquí mismo me casaré con ella y aquí viviremos.

LONA.—¿Aquí?

BERNICK.—¿Dina?... ¡Tu mujer?... ¿En esta misma población?

JOHANN.—Eso es; quiero hacer frente á todas esas hipocresías y mentiras; pero para poder triunfar de ellas es preciso que mi reputación quede sin mancha.

BERNICK.—¿Has pensado bien que, si yo me hago responsable de uno de aquellos delitos, incurro en la responsabilidad del otro? Tú me contestarás á eso que nosotros podríamos demostrar con nuestros libros que no se ha cometido irregularidad alguna; pero no puede ser, por estar nuestros libros muy mal administrados. Por otra parte, dado el caso de qne pueda ser, ¿que ganaré con ello? ¿Dejaré de ser un hombre á quien solo una mentira pudo salvar y que ha permitido, durante quince años, que esa mentira se difunda sin hacer nada por evitarlo? Por poco que conocieras á nuestra

sociedad verías como eso solo es lo bastante para perderme.

JOHANN.—No puedo responderte, sinó que amo á la hija de la señora Dorf; que me casaré con ella; y que viviremos aqui.

BERNICK.—*(Límpiándose el sudor de la frente.)* Oyeme Johann; óyeme tu también Lona. Hace algunos días que me encuentro en una situación tan excepcional que al denunciarme, me perdeis y poneis en peligro, en una sola persona, el rico y hermoso porvenir de la sociedad misma á que perteneceis por haber nacido en ella.

JOHANN.—Y si no te denuncio pierdo la felicidad de mi vida entera.

LONA.—Sigue, Bernick.

BERNICK.—Bueno pues, oye. Para mí todo depende de la vía férrea. No es el asunto tan sencillo como vosotros os figurais. Ya sabeis que se trataba de construir una vía en la costa ¿no es eso? Apoyaban ese proyecto muchos ciudadanos influyentes de la población y sobre todo, la prensa. Apesar de todo, he podido hacer que desistan de ello porque hubiera perjudicado á nuestros barcos que verifican el servicio de la costa, pero...

LONA.—¿Y tienes tú intereses en esos barcos?

BERNICK.—Sí, pero por ese lado nadie ha sospechado nada; la honradez de mi nombre me ha protegido. No obstante, yo me resignaría á sufrir personalmente la pérdida de esos intereses; pero, en favor de la ciudad no he cedido y he pedido una vía interior. Y mientras se conferenciaba, he adquirido se-

cretamente la certidumbre de que sería posible construir un empalme que llegara hasta aquí.

LONA.—¿Y porqué secretamente?

BERNICK.—¿No habeis oido hablar de compras considerables de bosques, minas y cascadas?

JOHANN.—Según parece ha hecho esas compras una compañía extranjera.

BERNICK.—Por ahora esos terrenos no tienen valor alguno y se han comprado á precios muy bajos; mientras que, si para comprarlos, se hubiera esperado á que fuera conocido el proyecto del empalme, los propietarios hubieran exigido precios excesivos.

LONA.—Sí, sí, pero...

BERNICK. — A eso voy... puede juzgarse de muy distintas maneras y solo un hombre tan unánimemente venerado como yo, puede confesarlo sin rubor..

LONA —Dilo pues...

BERNICK.—Soy yo el que ha comprado todo aquello.

LONA.—¿Tú?

JOHANN.—¿Para tí?

BERNICK.—Sí; para mí. Si llega á construirse el empalme, hagome millonario; si no se construye quedo arruinado.

LONA.—¡Qué atrevido eres Bernick!

BERNICK.—Aventuro en este negocio toda mi fortuna.

LONA —No me preocupa tu fortuna; pero si llega á saberse que tu has comprado...

BERNICK.—Ahí está el *quid* de la cuestión; disfrutando como disfruto de nombre intachable, puedo aceptar valerosamente esa responsabilidad y decir á mis conciudadanos: «Ved lo que he aventurado para bien de todos.»

LONA.—¿Para bien de todos?

BERNICK.—Sí, y nadie dudará de mi buena fé.

LONA.—Sin embargo, hay aquí hombres que hubieran obrado con más franqueza, que no hubieran llevado esa segunda intención, ni nada de eso.

BERNICK.—¿Quienes son?

LONA.—¡Pues Rummel, Sandstad y Wiegeland!

BERNICK.—Para ponerlos de mi parte he tenido que interesarlos en el negocio.

LONA.—¿De modo qué..?

BERNICK.—Les tocará el cinco por ciento de ganancias.

LONA.—¡Oh! Vaya unos puntales de la sociedad!..

BERNICK.—¿Acaso no nos obliga á todo esto la sociedad misma? ¿Qué hubiera pasado de no obrar yo en secreto? Que todo el mundo hubiera querido tener parte en esta especulación; y todo lo hubieran destrozado, malbaratado y echado á perder. Nadie, hay, excepto yo en esta población, que hubiera sabido llevar á feliz término un asunto de la importancia de este. No hay sinó las familias forasteras establecidas aquí, que tengan aptitud para los negocios; y eso me pone tranquila la conciencia. En mi ma-

no y solo en mi mano fructificarán esos terrenos y producirán cuanto de ellos puede esperarse.

LONA.—En eso, acaso tengas razón, Bernick.

JOHANN.—Pero yo no tengo que ver nada con eso; en ello me va la felicidad de mi vida.

BERNICK.—También va en ello la prosperidad de tu pais natal. Con tal de que se llegue á dudar un poco de la perfección de mi pasada vída, se echarán encima de mí todos mis contrarios y me perderán. Escudriñarán mi vida desde entonces acá; recordaranse mil pequeñas circunstancias; se les darán vueltas y más vueltas, y al fin y al cabo, todos se pondrán de acuerdo para deducir las indispensables conclusiones de aquel primer delito. Me veré abrumado por el peso de esos chismes y calumnias y obligado á salirme del negocio de la vía férrea. Y en saliéndome yo, sin mí, se viene al suelo el negocio y yo quedo material y moralmente arruinado, muerto.

LONA.—Johann: después de lo que acabas de oir, no te queda otro remedio sino partir y callarte.

BERNICK.—Sí, sí Johann ¡hazlo por Dios!

JOHANN.—Sea, pues; partiré y me callaré; pero pasado algún tiempo volveré y quedaré entonces libre para hablar.

BERNICK.—Quédate allá Johann, no digas nada y de buen grado repartiré contigo las ganancias.

JOHANN.—¡Quédate tú con tus dineros y devuélveme mi honra!

BERNICK.—¿Quieres que sacrifique la mía?

JOHANN.—¡Sí; y que se aniquile contigo tu sociedad! Debo y quiero ser digno de que Dina sea mi esposa. Mañana mismo me voy en el *Indian Girl!*

BERNICK.—*(Vivamente.)* ¡En el *Indian Girl!*

JOHANN.—Sí; el capitán me ha prometido que me llevará; de modo que me voy, pongo en orden mis asuntos, vendo mi finca y dentro de dos meses estoy de vuelta.

BERNICK.—¿Y cuando vuelvas hablarás?

JOHANN.—Cuando vuelva es menester que el delincuente cargue con la responsabilidad de su delito.

BERNICK.—¿Y no piensas que tendré que cargar también con la de delitos que no he cometido?

JOHANN.—¿Y quien se ha aprovechado durante quince años de aquellas infames mentiras?

BERNICK.—Tú quieres hacer que me desespere; ¡pero si tú hablas, negaré yo! Diré que es una trama urdida contra mí. ¡O una venganza! ¡Que has venido aquí para sacarme dinero!...

LONA.—¿No te dará vergüenza de ello, Bernick?

BERNICK.—¡Os digo que estoy desesperado! Estoy defendiendo mi vida y lo negaré todo, todo!

JOHANN.—Tengo armas contra tí; dos cartas tuyas que he encontrado en mi baul entre unos papeles. Esta mañana mismo he estado leyéndolas y he visto que constituyen una prueba suficiente.

BERNICK.—¿Y vas á mostrarlas?...

JOHANN.—Si es necesario, si.

BERNICK.—¿Y volverás dentro de dos meses?

JOHANN.—Así lo espero. El viento es favorable y si el *Indian Girl* no naufraga, antes de tres semanas estaré en Nueva Yorck.

BERNICK.—*(Recalcando.)* ¿Si no naufraga? ¿Por qué ha de naufragar?

JOHANN.—Eso digo yo.

BERNICK.—*(Con voz que apenas se percibe.)* ¡Si no naufraga!

JOHANN.—Bueno, pues; ya sabes lo que te espera Bernick Mientras tanto tienes tiempo para tomar la resolución que más te convenga. ¡Adios! Despídeme de Betty por más que no me haya hecho una acogida muy fraternal. Y ahora quisiera ver á Martha... para que diga muchas cosas de mi parte á Dina.
(Vase por la puerta del fondo izquierda.)

ESCENA VII

BERNICK, LONA

BERNICK.—*(Aparte.)* ¿En el *Indian Girl*? *(Con rapidez.)* ¡Lona, tú tienes que impedirlo!

LONA.—Ricardo, has visto por tus propios ojos que no me hace caso ya.
(Mira á Johann que entra en la habitación de la derecha.)

BERNICK.—*(Alterado.)* ¡Si no naufraga!..

ESCENA VIII

BERNICK. AUNE

AUNE.—*(Llega por la derecha.)* Dispense usted señor cónsul, ¿vengo en mala ocasión para...

BERNICK.—¿Qué quiere usted?

AUNE.—Hacerle una pregunta, señor cónsul.

BERNICK.—Bueno; despachese pronto. ¿Que tiene que preguntarme?

AUNE.—Si es irrevocable su determinación de que seré despedido si el *Indian Girl* no puede salir mañana.

BERNICK.—¿A que viene eso, si el navío ya está reparado?

AUNE.—Está dispuesto ya, pero ¿Me despedirá usted si no sale?

BERNICK.—¿A que viene esa pregunta inútil?

AUNE.—Quisiera tener la conciencia tranquila, señor cónsul. ¿Dígame nada más, si seré ó nó despedido?

BERNICK.—¿He dejado de cumplir mi palabra alguna vez?

AUNE.—Si es así, mañana perderé mi posición en casa de usted. en la mía y la que ocupo entre mis compañeros; quedaré inútil para todos, seré desterrado de la sociedad y...

BERNICK.— Aune, no se hable más de ese asunto.

AUNE.—¡Bueno, pues entonces el *Indian Girl* saldrá mañana! *(Pausa corta.)*

BERNICK.—Mire usted, yo no puedo estar en todas partes, no puedo ser responsable de todo lo que suceda.—¿Usted me asegura, que las reparaciones están hechas á conciencia?

AUNE.—Me dió usted, para eso muy poco tiempo, señor cónsul.

BERNICK.—¿Puede usted asegurarme, que las reparaciones están hechas á conciencia?

AUNE.—El tiempo es apacible y estamos en la mejor época del año y. .

BERNICK —*(Tras otra pausa.)* ¿Tiene usted algo más que decirme?

AUNE.—Nada más.

BERNICK.—Siendo así, el *Indian Girl* saldrá.

AUNE.—¿Mañana?

BERNICK —Mañana.

AUNE.—Está bien.

(Saluda y vase. Bernick queda un instante indeciso; dá algunos pasos para llamarle, pero se detiene y queda muy conturbado con la mano en el llamador de la puerta. Krapp, abre la puerta y entra.)

ESCENA IX.

BERNICK, KRAPP

KRAPP.—*(En voz baja.)* ¡Hola! ¿Estaba aquí? ¿Ha confesado algo?

BERNICK.—¡Psé! ¿Usted ha descubierto algo?

KRAPP.—¿Y para qué? ¿No se vé clara en sus ojos la mala intención, señor cónsul?

BERNICK.—¡Vamos hombre! Eso no puede verse... ¿Usted ha descubierto algo, sí ó no?

KRAPP.—No he podido bajar al navío por no llegar á tiempo, pues estaban ya sacándolo del dique. Esa prisa viene á demostrar claramente que...

BERNICK.—No viene á demostrar nada. ¿Se ha llevado á cabo la inspección?

KRAPP.—Naturalmente pero...

BERNICK.—Bueno ¿Y no se ha encontrado nada que censurar?

KRAPP.—Ya sabe el señor cónsul, de que manera se hacen esas inspecciones; sobretodo en un taller tan renombrado como el nuestro.

BERNICK.—Sea como quiera, quedamos libres de toda responsabilidad.

KRAPP.—¿Pero no ha notado el señor cónsul en Aune que?. .

BERNICK.—Le aseguro á usted que me he tranquilizado al verle.

KRAPP.—Y yo le aseguro á usted que estoy moralmente convencido de...

BERNICK.—¿Como es eso, señor Krapp? Ya se yo, que Aune no le es á usted muy simpático; pero si es que le tiene usted ganas, espere á otra ocasión. Ya sabe usted lo que me interesa, ó por mejor decir, lo que les interesa á los armadores, que el *Indian Girl* salga mañana.

KRAPP.—Bueno, bueno, hagan lo que quieran.. pero me parece que para nada bueno oiremos hablar otra vez del *Indian Girl*.

ESCENA X.

BERNICK, WIEGELAND

WIEGELAND.—*(Llega por la derecha.)* Servidor de usted, señor cónsul. ¿Puedo hablarle un momento?

BERNICK.—Puede usted mandarme, señor Wiegeland.

WIEGELAND.—¿Quisiera saber si opina usted que salga mañana el *Palmier*?

BERNICK.—Desde luego; es cosa resuelta.

WIGELAND.—Es que acabo de ver al capitan y me ha dicho que se presentan todas las señales precursoras de una tempestad.

KRAPP.—El barómetro ha bajado mucho desde esta mañana.

BERNICK.—¿Si? ¿Nos amenaza de veras una tormenta?

WIEGELAND.—Por lo menos un viento muy fuerte. Verdad es que sopla en buena dirección.

BERNICK.—¿Y que le parece á usted, que se debe hacer?

WIEGELAND.—Lo que le he dicho al capitan: el *Palmier* está en manos de la Providencia; y como no tiene que hacer por ahora mas que la travesía del mar del Norte, y en Inglaterra son tan cortos los gastos, podía...

BERNICK.—Es que si retardamos la salida, vamos á sufrir pérdidas de consideración.

WIEGELAND.—Bueno; el navío es fuerte y ade-

más está asegurado por su valor. Pero el peligro es mucho mayor para el *Indian Girl.*

BERNICK.—¿Por qué?

WIEGELAND.—Porque sale tambien mañana.

BERNICK.—Nos han apretado tanto los armadores y además...

WIEGELAND.—Sí; pero si ese viejo cascaron, se compromete á salir, sobretodo con una tripulación como la suya, será muy vergonzoso para nosotros impedir...

BERNICK.—¡Bueno! ¡bueno! Tiene usted los documentos necesarios ¿No es eso?

WIEGELAND.—Aquí los traigo.

BERNICK.—Hágame el favor de esperarse un momento con el señor Krapp.

KRAPP.—Cuando usted quiera; ya está todo dispuesto *(á Wiegeland.)*

WIEGELAND.—Perfectamente. Ahora solo nos queda encomendar las consecuencias al Todopoderoso. *(Entrase con Krapp, en la primera habitación de la izquierda.)*

ESCENA XI.

RORLUND, BERNICK.

RORLUND.—*(Que llega por el jardin.)* ¡Ah! ¿Todavía está usted á estas horas en casa, señor cónsul?

BERNICK.—*(Pensativo.)* Ya lo ve usted.

RORLUND.—Ante todo he venido aquí para ver á la señora Bernick; pues me parece que necesita algunas palabras de consuelo.

BERNICK.—Puede ser; pero también yo hablaría un rato con usted, de buena gana.

RORLUND.—Disponga de mí, señor cónsul. pero ¿Que le pasa á usted? ¿Que ocurre? Le veo pálido y conturbado.

BERNICK.—¡Si! Estoy algo indispuesto ¿Y como no estarlo, con tanto suceso como contra mí se desencadena? Mis intereses comerciales... la vía férrea... ¿Me permite usted, que le pida su opinión, sobre un asunto?

RORLUND. — Con muchísimo gusto, señor cónsul.

BERNICK.—Se me ocurre una idea; cuando se encuentra uno frente á una empresa muy importante, cuyo fin es el de asegurar el bienestar de miles de personas, si esa empresa exige una víctima....

RORLUND.—¿A que se refiere usted?

BERNICK.—Pongamos un ejemplo. Usted trata de construir una gran fábrica, y usted sabe que tarde ó temprano aquella fábrica será causa de accidentes mortales...

RORLUND.—Lo cual es con efecto muy verosímil...

BERNICK.—Pongamos otro ejemplo; si usted explota una mina y admite usted para que trabajen en ella, así padres de familia como jóvenes solteros, y está usted seguro de que no todos podrán resistir aquella vida...

RORLUND —¡Por desgracia, ocurre así!

BERNICK.—Bueno. pues, ya se sabe de antemano que toda empresa costará tarde ó temprano un cierto número de existencias

humanas, pero esa empresa tiene por objeto el bien general y por cada vida sacrificada, obtendrían el bienestar cientos y miles de personas. ¿No es eso?

RORLUND.—¿Se refiere usted á la vía férrea y á todos los trabajos de derribo para construir los puentes necesarios, etc.?

BERNICK.—Sí; de la vía férrea estoy hablando. Por donde pase abriranse minas, se erigirán fábricas. ¿Pero no le parece á usted que, esas vidas que se sacrifican...?

RORLUND.—Mi buen amigo el señor cónsul, peca de escrupuloso Soy de opinión de que si encomendamos á la Providencia todas esas empresas...

BERNICK.—Con efecto... la Providencia...

RORLUD.—De modo que no tiene usted porque mostrar tantos escrúpulos. Póngase usted á trabajar y á construir sin cuidado alguno.

BERNICK.—Ahora quisiera que usted me resolviera algunos casos particulares; supongamos que, en un sitio muy peligroso hay una roca que estorba, tanto, que sin quitarla de en medio no puede construirse la vía férrea; supongamos que el ingeniero encargado de construirla sabe, que el obrero que se encargue de encender la mecha del barreno que ha de quitarla de en medio, perderá la vida; es menester pasar por todo y mandar á un obrero que encienda la mecha.

RORLUND.—¡Oh! pero...

BERNICK —Ya se yo lo que va usted á contestarme: que un ingeniero heróico encendería por sí mismo la pólvora; pero no se

acostumbra á hacer esas heroicidades; de modo que no hay más remedio sino sacrificar la vida del obrero.

RORLUND.—Es que aquí no se atreverá nunca un ingeniero á mandar semejante cosa.

BERNICK.—Pero en el extranjero no hay un solo ingeniero que titubee un momento en hacerlo.

RORLUND.—En el extranjero. lo creo, ¡está en él la sociedad tan corrompida y desmoralizada!

BERNICK.—Pero en esa sociedad hay mucho bueno.

RORLUND.—¿Como puede usted hablar asi... Usted... usted que...?

BERNICK.—En todas partes se llevan á feliz término estas empresas porque se tiene valor para hacer los sacrificios necesarios. Aquí se encuentra uno encadenado por mil mezquinos cuidados, y se le oponen mil obstaculos.

RORLUND.—¿Es para usted la vida humana un mezquino cuidado?

BERNICK.—Si, cuando esa vida es obstáculo al bienestar de miles de personas.

RORLUND.—¡Pero está usted ahí suponiendo cosas completamente imposibles, señor cónsul! ¡No le entiendo á usted hoy! Pone usted por ejemplo á las grandes naciones... ¡Claro! para ellos ¿qué vale la vida de una persona? Allí no se considera la vida, sinó como un capital y bajo el punto de vista moral no hay que ver las cosas de esa manera. Eche usted una mirada á nuestros

honrados armadores Nómbreme una sola persona de entre ustedes que esté dispuesta á sacrificar la vida á un fín mezquino; y piense usted entonces en esos canallas de las grandes naciones que para obtener el menor provecho no les da cuidado, por ejemplo, mandar que se eche á la mar un navío que no está en condiciones para resistir sus embates.

BERNICK.—No hablo ahora de navíos que pueden ó no pueden resistir...

RORLUND.—Pues yo sí, señor cónsul.

BERNICK.—¿Sí? ¿Porqué, si eso no tiene nada que ver con lo que estamos diciendo? ¡Déjese de escrúpulos exagerados! Si aquí un general llevase á entrar en fuego á sus soldados y en él murieran todos, ya no podría dormir tranquilo. ¿Pues en otras partes no ocurre eso? ¿Si oyera usted hablar á ese?...

RORLUND —¿A quién? ¿Al americano?

BERNICK.—Sí; si usted le oyera contar como en América...

RORLUND.—¿De modo que está aquí? ¿Y usted sin decírmelo? Ahora mismo voy á...

BERNICK.—¿A donde va usted? ¿No vé que no puede hacer nada contra él?

RORLUND. — ¡Eso lo veremos'... ¡Oh! ¡Aquí viene!

ESCENA XII

RORLUND, BERNICK, JOHANN

JOHANN.—*(De espaldas, hablando en la puerta de la habitación de la izquierda que estará abierta.)* Sí, Dina; estamos conformes: no la olvidaré. Volveré pronto y todo se arreglará.

RORLUND.—Usted dispense. ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Qué quiere usted decir?

JOHANN.—Es que esa jóven, ante quien usted me ha insultado de una manera odiosa va á ser mi mujer.

RORLUND.—¿Su...? ¿Y usted espera que...?

JOHANN.—Que será mi mujer.

RORLUND.—Siendo asi, he de hacerles saber una cosa. *(Va hasta la puerta.)* Señora Bernick. hágame usted el favor de venir, y usted también señorita Marta. Digan tambien á Dina que la necesito. *(Viendo á Lona.)* ¿También está usted aquí? Pues usted también.

LONA.—¿Entro con los demás?

RORLUND.—Sí, sí; entre todo el que quiera; cuantos más haya, mejor.

BERNICK.—¿Que va usted á hacer?

ESCENA XIII

Dichos, Sra. y Srta. BERNICK,
Srtas. LONA y DINA, HILMAR

(*Entran Lona, la señora y la señorita Bernick, Dina é Hilmar.*

SRA. BERNICK.—No podré oponerme á su determinación, señor vicario, aunque me guie la mejor voluntad del mundo.

RORLUND. — Ya sabré oponerme yo, señora Bernick. Dina; es usted muy ligera de cascos y por ello no quiero reprenderla, porque durante mucho tiempo le ha faltado á usted el apoyo moral que lo hubiera evitado. Y hasta cierto punto, yo me confieso culpable de ello, por no haber acudido antes á su auxilio.

DINA.—Pero ahora no debe usted decir nada.

SRA. BERNICK.—¿Como es eso?

RORLUND.—Quiero decirlo todo hoy mismo, apesar de lo que hizo usted ayer y de lo que acaba de hacer... Se trata de la salvación de usted, y esta consideración debe obligarme á ello por encima de todas las demás. Ya se acuerda usted de lo que me prometió ayer y de lo que en cambio de ello, le prometí yo. Pues bien, ha llegado el momento de publicarlo y no puedo esperar por más tiempo. *(A Johann.)* ¡Esa joven que usted se atreve á pretender, es mi prometida!

SRA. BERNICK.—¡Qué dice usted!

BERNICK.—¡Dina!

JOHANN.—¿Ella... su prometida?

SRTA. MARTA.—¡No, Dina, dí que no!

LONA.—¡Es mentira!

JOHANN.—Dina, ¿Dice verdad, este hombre?

DINA.—*(Después de titubear un poco.)* Si.

RORLUND —(*A Johann.)* Y ahora, me parece que resultarán ya inútiles todos sus artificios para seducirla. (*A Dina.)* El paso que acabo de dar para salvar á usted puede hacerse público; tengo firme esperanza en que no se le juzgará de modo desfavorable. Y mientras tanto, señora Bernick, creo que haríamos bien en llevar á esa joven lejos de aquí para que á su espíritu vuelva la tranquilidad que ha perdido.

SRA. BERNICK.—Cierto; ven, Dina; ¡Ay! ¡Qué suerte tienes! *(Se lleva á Dina; Rorlund va tras ellas.)*

SRTA. MARTA.—Adios Johann.

ESCENA XIV

Dichos, menos la Sra. BERNICK y DINA.

HILMAR.— (*Desde la puerta del jardín.)* ¡Ea! Ahora si que puedo decir que...

LONA.—No te apures Johann. Yo me quedaré aquí y vigilaré al pastor. (*Sale.)*

BERNICK.—Johann, ¿verdad que no te vas en el *Indian Girl?*

JOHANN.—Sím; e voy inmediatamente.

BERNICK.—¡Pero no volverás?

JOHANN.—Sí; volverá.

BERNICK.—¿Después de este revés? ¿Qué esperanza puede quedarte ya?

JOHANN.—La de vengarme de todos vosotros y aniquilaros, si puedo. *(Sale.)*

ESCENA XV

BERNICK, WIEGELAND, KRAPP

WIEGELAND.—*(Sale con Krapp de la sala.)* Los papeles están puestos en orden, señor consul.

BERNICK.—Está muy bien.

KRAPP.—*(En voz baja.)* ¿Es cosa determinada que salga el *Indian Girl*?

BERNICK.—Ya está á punto de partir.

(Entra en su habitación. Wiegeland y Krapp salen por la derecha. Hilmar trata de ir tras ellos, pero le detiene Olaf que saca, con tiento, la cabeza por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVI

HILMAR, OLAF

OLAF.—¡Psit!, tio Hilmar, ¿sabes si ocurre novedad?

HILMAR.—Sí; ya sé que te han dado de latigazos.

OLAF.—*(Mira amenazador á la habitación de*

su padre.) ¡No me pegará otra vez! ¿Sabes ya que el tio Johann se vá mañana con los americanos?

HILMAR.—¿Que te importa eso? ¡Anda! Vete arriba pronto.

OLAF.—Puede ser que vaya yo también á cazar búfalos con el tío Johann.

HILMAR.—¡Tú te has vuelto loco, criatura! No se hizo para cobardes como tú el...

OLAF.—Bueno; espera. ¡Ya verás mañana!

HILMAR.—Cállate mentecato.

(*Se va al jardín. Olaf sale muy deprisa y cierra la puerta. Por la derecha entra Krapp.*

ESCENA XVII

KRAPP.—*(Entreabriendo la puerta del cónsul.)* Usted me dispensará que vuelva, señor cónsul; pero se nos prepara una tempestad horrible. *(Espera un instante sin obtener respuesta.)* ¿Debe salir de todos modos el *Indian Girl*?

BERNICK.—(*Tras una pausa desde su habitación.*) El *Indian Girl* debe salir de todos modos. (*Krapp cierra la puerta y vase.)*

TELÓN



ACTO CUARTO

Salón-jardín en casa del cónsul BERNICK. Se ha quitado la mesa de labor. Tarde tempestuosa. Reina oscuridad que vá haciéndose, por momentos, mas intensa. Un criado enciende los candelabros. RUMMEL con levita y corbata blanca, dando órdenes.

ESCENA I.

RUMMEL, un criado.

RUMMEL.—Una ó dos luces nada más, Jacob. No conviene que la estancia se muestre ni muy sencilla, ni demasiado solemne. No olvidemos que se trata de una sorpresa. ¿Y esas flores?... Sí, déjelas usted ahí... que se muestre todo como cada día.

ESCENA II.

RUMMEL, BERNICK.

BERNICK.—¿Que significa esto?

RUMMEL.—¡Oh que inesperada llegada! ¿Estab s ahí? *(Al criado)* Déjenos usted solos. *(Sale el criado.)*

BERNICK.—¿Que significa esto, Rummel?

RUMMEL.—Ha sonado la hora más gloriosa de tu vida. La ciudad en peso se ha puesto de acuerdo para dar esta noche una serenata á su primer ciudadano.

BERNICK.—¿Que estás diciendo?

RUMMEL.—Una serenata. Hubiera habido también fuegos artificiales pero hemos renunciado á ello, en vista del tiempo tempestuoso que hace. Aquí habrá iluminación. Todo lo cual hará buen efecto en los periódicos.

BERNICK.—Mira, Rummel; no quiero que se haga semejante cosa.

RUMMEL.—Lo dices tarde ya. Estarán aquí antes de media hora.

BERNICK.—¿Como no me lo has prevenido?

RUMMEL.—Temía que pusieras reparos en ello. Además, ya lo convinimos con tu mujer. Ella es mi cómplice y está preparando los refrescos.

BERNICK.—¿Que es eso? ¿Llegan ya? Parece que oigo cantar. .

RUMMEL.—¿Cantar?... No; son los Americanos. Es que va á partir el *Indian Girl*.

BERNICK.—¿Parte al fin?... Ea, no puedo estarme aquí esta noche, Rummel, no me encuentro bien.

RUMMEL.—Con efecto tienes mala cara. Es menester que hagas un esfuerzo. ¡Haz un esfuerzo, car mba! ¡Si supieras el trabajo que nos ha costado á Olstestd, á Wiegeland y á mí organizar este acto *expontáneo*! Nos hemos propuesto aplastar, aniquilar á tus contrarios con esta manifestación de sim-

patía. Han corrido por la ciudad tales rumores, que no podemos esperar por más tiempo á dar á conocer las compras de terrenos que hemos hecho. Publícalas esta noche. Entre cantos y discursos, y el ruído de vasos y el entusiasmo de la fiesta, haz saber á la población.. lo mucho que has aventurado en bien de todos. Mira, en ocasiones como esta. se hacen aceptables las cosas que lo parecen menos. No obstante, tu preparas primero al público, no sea que vaya á salirnos mal.

BERNICK.—Bueno, bueno, bueno ..

RUMMEL —Sobretodo, para confesar una cosa tan delicada, á Dios gracias posees un nombre, que puede sin temor arrostrarlo todo. Oye, si nos pusiéramos de acuerdo... El primo Hilmar, ha compuesto para tí las palabras y la música de una canción, que comienza de muy linda manera; dice así: «*Enarbolemos la bandera intelectual..*» El vicario Rorlund, se ha prestado á hacer un discurso. Tu le contestarás.

BERNICK.—No podré hacerlo. ¿Podrás encargarte de ello tu, Rummel?

RUMMEL.—Contra mi buena voluntad te digo que no. El discurso será directamente dirigido á tí. Quizás haya en él algunas palabras para nosotros. Ya he hablado de eso á Oltsted y á Wiegeland. Hemos pensado que debes contestar á ese discurso, con un brindis á la prosperidad de nuestra sociedad. Oltstedt, hablará algo de la buena armonía que nos gobierna. Wiegeland pronunciará una corta alocución, sobre la necesidad de mantener en esta nueva empre-

sa los principios morales que nos han guiado siempre. Tambien me propongo pronunciar algunas palabras llenas de sentimiento y brindar por esas señoras, cuya influencia, con ser modesta, no es menos saludable y significativa ¿Por que no me escuchas?

BERNICK —Si te escucho; si te escucho. ¿Dime, te parece que estará el mar muy alborotado?

RUMMEL.—¡Oh! ¿Te da cuidado la suerte del *Palmier*? Ya sabes que está muy bien asegurado.

BERNICK.—Asegurado, si; pero...

RUMMEL.—Y en muy buen estado, que es lo principal.

BERNICK.—Si, pero... si el navío se va á pique, no acaba todo en el sacrificio de esas vidas humanas. El navío, el cargamento se pierden, sin duda; pero los papeles pueden ser...

RUMMEL.—Al fin y al cabo, los papeles no tienen tanta importancia para que ..

BERNICK.—No, ciertamente... pero me refería á... Oye... Están cantando todavía.

RUMMEL.—Ahora cantan á bordo del *Palmier*.

ESCENA III.

Dichos, WIEGELAND.

WIGELAND.—Si; el *Palmier* se dispone á levar anclas. Buenas tardes, señor cónsul.

BERNICK.—Hombre, usted que tan bien conoce el mar. ¿Sigue usted creyendo que...?

WIEGELAND.—Confío firmemente en la Providencia, señor cónsul. Además, he ido á bordo y he repartido algunos piadosos devocionarios en cuya acción bienhechora creo.

ESCENA IV.

Dichos, SANDSTADT, KRAPP.

SANDSTADT.—Si, si; esto anda bien, todo andará bien. ¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes!

BERNICK.— ¿Ha ocurrido novedad, señor Krapp?

KRAPP.—Lo ignoro, señor cónsul.

SANDSTADT.—Toda la tripulación del *Indian Girl* se ha embarcado. Deje yo de ser hombre de bien, si esa gente llega con vida á puerto.

ESCENA V.

Dichos, Srta. LONA.

LONA.—Os saludo en su nombre.

BERNICK.—¿Está á bordo ya?

LONA.—Estará pronto; ya nos hemos despedido.

BERNICK.—¿Y sigue firme en su determinación?

LONA.—Firme como una peña.

RUMMEL.—¡Vayan al diablo estos nuevos inventos! ¡No puedo correr de ningun modo las cortinas!

LONA.—¿Las quiere usted correr? Yo pensaba que, por el contrario, iba usted á...

RUMMEL.—Las corro por ahora, señorita. ¿Sabe usted lo que estamos preparando?

LONA.—Sí; deje usted que le ayude. (*Tira de los cordeles*) Voy á producir un poco de sombra para mi cuñado; aunque más me gustaría producir luz.

RUMMEL.—Ya la producirá usted luego; cuando esté el jardín lleno de gente, descorreremos esas cortinas para que pueda juzgarse de la alegre sorpresa de la feliz familia. Una casa de gente bien acomodada debe ser como una casa de cristal.

(*Bernick va á decir algo, pero se calla* y *entra precipitadamente en su habitación.*)

ESCENA VI.

Dichos, menos BERNICK

RUMMEL.—Vamos ahora á celebrar el último consejo. Véngase usted señor Krapp. Tiene usted que ayudarnos.

(*Entran todos en la habitación del cónsul. Lona acaba de correr las cortinas y al ir á cerrar la mampara que habrá delante de la puerta de cristales, se precipita Olaf al vestíbulo. Lleva un lio en la mano.*)

ESCENA VII.

Srta. LONA, OLAF.

LONA.—¡Oh! ¡Jesús hijo, que susto me has dado!

OLAF.—*(Escondiendo el lío que lleva.)* ¡Cállate, tía!

LONA.—¿Saltaste por la ventana? ¿A donde vas?

OLAF.—Cállate. No digas nada. Voy allá, al muelle ¿entiendes? A ver al tio Johann para despedirme de él. ¡Buenas noches tía! *(Se arroja al jardín.)*

LONA.—No; quédate aquí. ¡Olaf! ¡Olaf!

ESCENA VIII

JOHANN. Srta. LONA

JOHANN.—*(Con traje de viaje en voz baja desde la puerta.)* ¡Lona!

LONA.—¿Como? ¿Estás aquí todavía?

JOHANN.—Me queda un poco de tiempo aún. Tengo que volverlos á ver; no podemos separarnos de esta manera.

ESCENA IX

Srta. MARTA y DINA. Ambas con manto. La última con una maletilla en la mano.

DINA.—¡Con él! ¡Con él!

MARTA.—¡Sí, vete con él, Dina!

DINA.—¡Aquí está!

JOHANN.—¡Dina!

DINA —¡Lléveme consigo!

JOHANN.—¿Qué está usted diciendo?

LONA.—¿Quieres irte con él?

DINA.—Sí; lléveme consigo! Me ha escrito *el otro* diciendo que esta noche anunciará...

JOHANN.—Pero ¿No le ama usted?

DINA.—Jamás amé á ese hombre. Prefiero echarme de cabeza al mar, á ser su esposa. ¡Oh! Qué tormento me dió ayer! ¡Qué altanero estaba! ¡De qué manera quería hacerme ver como me levantaba hasta él, á mí, insignificante muchacha! Se acabó su indulgencia para conmigo. Quiero irme. ¿Puedo irme con usted?

JOHANN.—¡Sí! ¡si! ¡y mil veces si!

DINA.—No le seré gravosa mucho tiempo. Lléveme consigo y ayúdeme en los comienzos; después...

JOHANN.—¡Viva! ya nos las compondremos, Dina!

LONA.—*(Señalando la puerta del cónsul.)* ¡Psit! ¡Hablemos bajo! ¡Hablemos bajo!

JOHANN.—Dina, la llevaré á usted en mis brazos.

DINA.—No lo permitiré en manera alguna. Allá en América trabajaré. No me costará mucho acostumbrarme ¿verdad? ¡Con solo poder escaparme de aquí!... Oh! ¿no lo sabe usted? esas señoras me han escrito hoy mismo, para encomendarme que agradezca la mucha generosidad que para conmigo se muestra. ¡Y ocurriría que mañana y pasado y siempre estarían vigilándome para ver si soy ó no digna de mi buena suerte! ¡Y yo temo á tantas atenciones!

JOHANN.—Y diga usted, Dina; ¿Solo por eso se marcha usted? ¿Yo no significo nada para usted?

DINA.—¡Johann, á nadie quiero tanto como á usted!

JOHANN.—¡Oh, Dina!

DINA.—Todos me dicen aquí que debo menospreciarle y aborrecerle, que ese es mi deber; ¡pero ese deber no llego á comprenderlo, ni llegaré á comprenderlo nunca!

LONA.—¡Oh! no, nunca, hija mía!

MARTA.-Tu único y verdadero deber será el de ir tras él, puesto que has de ser su esposa.

JOHANN.—¡Eso! ¡Eso!

LONA.—¡Bravo! Tengo que darte un abrazo, Marta; nunca esperé tanto de ti!

MARTA.—Ni yo misma lo preveía. ¡Alguién tenía que empezar! ¡Cuanto nos han dado que hacer sus hábitos y modales! ¡Rebélate Dina! Cásate con él. Algún aconteci-

miento resultará de ello que los salpique á todos.

Johann.—¿Qué responde usted á eso, Dina?

Dina —Qué seré su esposa.

Johann.—¡Dina!

Dina.—Pero, primero quiero trabajar, ser *alguien*... porque ser como una cosa que se recoge, no; eso no lo permitiré en manera alguna.

Lona.—¡Si, muy bien, muy bien!

Johann.—La esperanza me dará fuerzas en tanto; y yo me propongo.:.

Lona. — ¡Conquistarla Johann! Y ahora ¡á bordo!

Johann.—¡A bordo! Lona, querida hermana, óyeme una palabra. *(Llévala hacía el foro y le habla muy rápido.)*

Marta.—¡Dina, niña afortunada! ¡Deja que te mire por última vez y que te dé el último abrazo!

Dina.—¡Pero sí no será esta la última vez que nos veamos! ¡Querida y adorada tía, volveremos á vernos!

Marta.—¡Nunca! ¡Dina, prométeme que nunca más volverás! *(Tomala ambas manos y la mira cara á cara.)* Vé á donde tu felicidad te llama, querida niña, más allá del mar inmenso! ¡Cuantas veces, allá en mi escuela me imaginé ese mar! ¡Porque ¡debe de ser tan hermoso *aquello!* ¡El cielo más dilatado! ¡Flotan las nubes más altas que aquí, y se respira aire más puro!

Dina.—Tía Marta; tu vendrás un dia á unirte con nosotros.

MARTA.—¡Yo! ¡Nunca! ¡Nunca! Tengo misión que cumplir aquí.

DINA.—No puedo conformarme con la idea de estar siempre lejos de tí.

MARTA.—Dina, á más graves separaciones nos resignamos. *(Le da un abrazo.)* Prométeme que le harás dichoso, hija mía.

DINA.—No quiero prometerlo, porque aborrezco las promesas. Todo acaece según la voluntad de Dios.

MARTA.—Sí, sí, tienes razón. Sé siempre tal como eres; fiel y sincera.

DINA.—Siempre lo seré, tía.

LONA.—*(Escondiendo en el bolsillo unos papeles que Johann le entrega)* Bueno, bueno, querido Johann; ¡Ahora, vete ya!

JOHANN.—Si, no podemos perder más tiempo ya. ¡Adios pues! ¡Gracias por tu afecto! ¡Adios Marta! ¡Dios te bendiga por tu fiel amistad.

MARTA.—¡Adios Johann! ¡Adios Dina! Sed felices.

(Quedan Marta y Lona medio ocultas detrás de la puerta. Johann y Dina se van muy deprisa por el jardín. La señorita Lona cierra la puerta y corre la cortina.)

ESCENA X

Srta. MARTA, Srta, LONA

LONA.—Ya nos hemos quedado solas, Marta. Tu pierdes á Dina; y yo pierdo á Johann.

MARTA.—¡Tú!... ¿A él?

LONA.—Sí; pero ya comprendo que de todas maneras le hubiera perdido. Quería ya volar con alas propias, y por eso le hice creer que padecía yo de nostalgia.

MARTA.—¿Por eso? Ahora comprendo porqué has vuelto aquí; pero él te reclamará, Lona.

LONA.—No, porque ¿qué utilidad puede ya reportarle una hermanastra de mi edad? No le importa al hombre romper los lazos de muchos afectos con tal de ser feliz.

MARTA.—¡Ay! Cuan cierto es.

LONA.—Pero nos prestaremos mútuo consuelo, Marta.

MARTA.—¿Qué puedo ser yo para tí?

LONA.—Ambas somos dos madres adoptivas que hemos perdido á nuestros hijos y hemos quedado solas en el mundo.

MARTA.—Sí, muy solas. Por eso puedo decírtelo ahora; yo le amaba ..

LONA.—*(Tomándole una mano.)* ¡Marta!... ¿De veras?

MARTA.—Eso compendia mi vida entera; le amaba y le esperaba A todas horas me decía: «va á volver», «volverá». Y he aquí, que ha venido y no me ha visto.

LONA.—¡Tu le amabas! ¡Y tu eres quien le haces dichoso!

MARTA.—¡Es que puéde ser que amándole yo no desee que sea dichoso! ¡Oh yo le amaba! Fué desde que partió, el dueño único de mi vida entera. Tú preguntarás sin duda, qué esperaba yo. ¡Oh! me parece que hartos motivos tenía para esperar! Pero al

volver él, todos los recuerdos de aquel amor se habían borrado de su alma! ¡Ha pasado y no me ha visto!

LONA.—Dina te ha oscurecido, Marta.

MARTA.—¡Y gran fortuna fué que sucediera así! La misma edad teníamos cuando él se fué; pero en que duro trance me ví, cuando volvió! Bien comprendía yo que le llevaba diez años en apariencia. Claro, él, allá, bajo aquel sol c aro y alegre, respiraba fuerza y juventud en un ambiente purísimo; mientras que yo aquí, hila que te hila...

LONA.—Hilando la madeja de su felicidad, Marta.

MARTA.—Sí; hilando oro. No me pesa de ello. ¿Verdad, Lona! que hemos sido para él dos buenas hermanas?

LONA.—¡Marta!

ESCENA XI

Sr. BERNICK, Srta. LONA

BERNICK.—(*A los que están en su habitación.*) Sí, sí; hagan lo que mejor les parezca. Yo me presentaré cuando sea hora. (*Cierra la puerta.*) ¡Hola! ¡Estais aquí! Mira Marta; tienes que arreglarte un poco. Betty también. Nada ostentoso, sinó un atavio elegante y sencillo... Pero por Dios, daos prisa.

LONA.—Marta, tienes también que adoptar expresión sonriente y ojos vivaracho.

BERNICK.—Decidle á Olaf que baje; quiero que esté aqui, á mi lado.

LONA.—¡Olaf! ¡Me parece!...

MARTA.—Voy á decirselo á Betty... *(Sale.)*

ESCENA XII

BERNICK, Srta. LONA

LONA.—Ya se acerca la hora de la fiesta.

BERNICK.—*(Que se pasea muy alterado.)* Si, si, ya se acerca.

LONA.—En instantes como estos, debe de sentirse uno feliz y orgulloso.

BERNICK.—*(Mirándola, con ironía.)* ¡Si!

LONA.—Según me han dicho en toda la ciudad hay iluminaciones.

BERNICK.—Con efecto.

LONA.—Van á venir todas las sociedades con sus estandartes á la cabeza. Resplandecerá tu nombre en letras de fuego. A todas partes se telegrafiarán las magnificencias de esta noche! «Rodeado de su dichosa familia el cónsul Bernick, uno de los más firmes puntales de la sociedad, ha recibido el homenaje de sus conciudadanos.»

BERNICK.—No se hará esperar mucho. La muchedumbre con sus gritos y sus vivas, me obligará á salir; no me quedará otro remedio, sinó saludarla y darle las gracias.

LONA.—¿Contra tu voluntad?

BERNICK —¿Tú te figuras que soy feliz en este instante?

LONA.—No; no creo que puedas ser feliz.

BERNICK —Lona, tú me desprecias.

LONA.—Todavía no.

BERNICK.—Es que no tienes derecho á .. despreciarme. ¡Si tu pudieras comprender cuan solo me veo entre esa muchedumbre de corto y mezquino espiritu! Año tras año he tenido que renunciar al deseo que tenía de llevar una vida activa y dignamente emp'eada ¿Y que he realizado al fin? Nada, sinó menudencias, frus erías. Aquí no puede intentarse otra cosa. Si tratase de defender las ideas del progreso, allí quedaba muerto para siempre mi influjo... ¿Sabes que somos, nosotros que nos llamamos puntales de la sociedad? Somos sus instrumentos, ni más, ni menos.

LONA.—¿Porqué hasta hoy no te has dado cuenta de ello?

BERNICK.—Porque estos últimos días... desde que llegaste tú... y sobretodo... desde esta tarde he cavilado mucho. ¡Ah Lona! ¿Como te conocí tan mal en otro tiempo?

LONA.—¿Qué hubieras hecho si me hubieras conocido mejor?

BERNICK.—¡No te hubiera dejado, y no me vería hoy como me veo!

LONA.—¿Aquella que en mi lugar tomaste no ha cumplido como yo hubiera cumplido?

BERNICK.—Sea como quiera, no ha sido nunca la compañera que yo necesitaba.

LONA.—Porque nunca la iniciaste en los secretos de tu vida; porque jamás tuviste con ella relacion alguna libre y sincera; porque

la has atormentado á todas horas con tus quejas de su familia, cuya afrenta tu mismo has labrado.

Bernick.—Sí, si; la mentira tiene la culpa de todo.

Lona.—¿Porque, pues, no confesar la mentira?

Bernick.—¡Porque ahora... Lona... porque ahora, es demasiado tarde ya!

Lona.—Dime Ricardo, ¿qué felicidad encuentras entre tanta mentira y engaño?

Bernick.—Ninguna. Desaparecer quisiera con toda esta corrompida sociedad. Pero tras nosotros, otras generaciones vienen. Tengo un hijo por quien debo trabajar. Quiero disponerle para que la lleve á cabo, una seria misión. Tiempo llegará en que la verdad se abrirá paso. por fin en la vida social; ¡y quizá entonces goce él de una existencia más feliz que la de su padre!

Lona.—¿Y ese edificio estriba sobre una mentira? ¿No piensas en la herencia que vas á legarle?

Bernick.—*(Con dificultosa desesperación.)* ¡Mil veces peor de lo que tú piensas será, la herencia que yo le deje! ¡Pero tal fatalidad se rendirá algún día! *(Estallando én cólera.)* Y con todo eso ¿porqué os habeis conjurado todos contra mí? ¡Pero se acabó ya! Tengo de llegar hasta el fin, porque ya no puedo volverme atrás. ¡Y no lograreis abatirme!

ESCENA XIII

HILMAR, BERNICK

HILMAR.—*(Con una carta abierta en la mano.)* Pero esto no... Betty, Betty.

BERNICK.—¿Qué ocurre? ¿Vienen ya?

HILMAR.—No; tengo que hablar sin falta á... *(Sale por la puerta del jardín.)*

ESCENA XIV

BERNICK, Srta. LONA

LONA.—Ricardo; tú dices que nos hemos propuesto perderte ¿no es eso? Pues yo te voy á demostrar qué corazón de oro tenía aquél á quien vuestra moral, la moral que usais vosotros, trata como á un apestado; aquél, digo, que acaba de salvarte marchándose.

BERNICK.—¡Pero como volverá!...

LONA.—Johann no volverá. Ha dejado para siempre esta población y Dina se ha ido con él.

BERNICK. — ¿Que no volverá?... ¿se ha ido Dina con él?

LONA.—Sí, y con él va á casarse. Tal reto lanzan ambos á vuestras virtudes... como lo lancé yo... en otro tiempo.

BERNICK.—¡Tambien... ella... se vá... en el *Indian Girl!*

LONA.—No; no ha querido confiar él tan precioso tesoro á tales pícaros. Johann y Dina se han ido en el *Palmier*.

BERNICK.—¡Ah!.. siendo así... resulta inútil... *(Atraviesa muy deprisa el escenario, y abriendo con violencia la puerta de su habitación, grita.)* ¡Krapp impida usted que salga el *Indian Girl*; por esta tarde que no salga!

KRAPP.—*(Desde la habitación.)* El *Indian Girl* está ya en alta mar, señor cónsul.

BERNICK.—*(Con acento alterado.)* ¡Ya es tarde!.. Y pensar que resulta enteramente inútil!...

LONA.—¿Qué quieres decir con eso?

BERNICK.—Nada, nada, ¡vete!

LONA.—¡Pero!.. Oye, Ricardo; Johann me ha rogado que te diga que dejaba á mi cuidado su felicidad que le robaste tu, mientras estuvo ausente. Johann no dirá nada; pero yo puedo hacer ó permitir que se haga ó no lo que yo quiera. ¿Ves? mira: aquí tengo las dos cartas tuyas. ¡Aquí en mi mano las tengo!

BERNICK.—¿Las tienes? Y ahora, ahora, te propones, cualquier día... ó quizá cuando la serenata...

LONA.—No vine aquí para denunciarte, sino para moverte á hablar por tu propia voluntad. No he podido lograrlo. Bueno pues: sigue con tu mentira ¿Ves? rompo las dos cartas. Toma tú los pedazos. ¿Los tienes ya? Ahora ya no tenemos arma alguna contra tí, Ricardo; estate tranquilo y sé dichoso, si tienes valor para ello.

BERNICK.—*(Desesperado).* ¿Lona, porque no

hiciste eso antes? Ahora es tarde ya; me he perdido para siempre.

LONA.—¿Qué ha sucedido pues?

BERNICK.—¡No me lo preguntes! ¡Y con todo... es menester que yo viva! ¡Es menester que viva para mi hijo! ¡El espiará y reparará!

LONA.—¡Ricardo!

ESCENA XV

HILMAR, BERNICK, KRAPP señorita LONA.

HILMAR.—*(Alterado.)* No veo á nadie. Tampoco á Betty... Todos se han ido.

BERNICK.—¿Qué te pasa?

HILMAR.—No me atrevo á decírtelo.

BERNICK.—¿Qué ocurre? Respóndeme. ¡Te mando que me respondas!

HILMAR.—¿Me lo mandas? Bueno pues... es que. . Olaf .. tu hijo, se ha ido en el *Indian Girl*.

BERNICK.—¡Olaf! ¿En el *Indian Girl*? ¡No puede ser!... ¡No!... ¡Mientes!

LONA.—No miente; ahora lo entiendo.. Yo le he visto saltar por la ventana.

BERNICK. — *(Desesperado.)* Krapp, cueste lo que cueste, hay que detener el *Indian Girl*.

KRAPP.—*(Saliendo de la habitación.)* No puede ser, señor cónsul; como quiere usted que se...

BERNICK.—¡Te digo que no hay que dejarle partir; ¡En él está mi hijo!

KRAPP.—¿Qué está usted diciendo?

RUMMEL —*(Saliendo.)* ¡Olaf se ha ido en...! ¡No puede ser!

SANDSTAD.—¡Lo volverán aqui con el piloto, señor cónsul!

HILMAR.—¡Ca! Me ha escrito. *(Enseñando una carta.)* Me dice que se esconderá en el fondo de cala, hasta que se halle el barco en alta mar.

BERNICK.—¡No le veré más!

RUMMEL.—¡Vamos hombre! ¡qué locura! Un barco tan bueno y tan sólido, que acaba de ser reparado.

WIEGELAND.—Y en nuestros propios talleres, señor cónsul.

BERNICK.—¡Les digo á ustedes que ya no le veré más! ¡Lona, perdí á mi hijo! ¡Comprendo, comprendo, que he sido un mal padre para él! *(Escuchando)* ¿Qué es eso?

RUMMEL.—La música. Se acerca la fiesta.

BERNICK.—¡Ni puedo, ni quiero recibir á nadie!

RUMMEL.—¿Eso piensas? ¡vaya una locura!

SANDSTAD —Sí; una locura, señor cónsul; calcule usted los intereses que están en peligro!

BERNICK.—¿Y que me importa eso? ¿Para quien trabajaré de hoy en adelante?

RUMMEL.—¿Eso preguntas? ¿Y nosotros? ¿Y la Sociedad?

WIEGELAND —Eso es.

SANDSTAD.—Se olvida usted señor cónsul de que...

ESCENA XVI

Dichos, Srta. MARTA

MARTA.—*(Llega por la puerta de la izquierda. (Oyese la música que se acerca.)* ¡Va á comenzar la fiesta! ¡Pero no encuentro á Betty en toda la casa! No sé donde se habrá...

BERNICK.— ¡Tampoco está aquí! ¡Ya lo ves Lona, ¡me falta todo! No hallo arrimo ni en la alegría ni el dolor.

RUMMEL.—¡Ea! ¡Descorred las cortinas! ¡Ayúdeme usted, señor Krapp, y usted tambien Oltsted. En verdad que es una lástima que la familia esté tan dividida... Nos echa á perder por completo, el programa.

(Se descorren las cortinas; ábrense las puertas y aparece frente a frente de la casa un gran transparente con esta inscripción: «Viva el cónsul Bernick el más firme puntal de nuestra sociedad.»)

BERNICK.—*(Retrocediendo avergonzado.)* ¡Quitadme eso de delante! ¡No quiero verlo! ¡Apagad, apagad esas luces!

RUMMEL..—Pero, salvo el respeto que te debo, ¡te estás volviendo loco!

MARTA.—¡Lona! ¿Qué pasa?

LONA.—¡Psit! *(Hablando con ella en voz baja.)*

BERNICK.—¡Os digo que me quiteis de delante tal sarcasmo! ¿No veis como nos hacen burla todas esas luces?

RUMMEL.—¡Esto es atroz!

BERNICK.—¡Ah!... ya sé... ya sé... esas luces son lámparas funerarias.

KRAPP.—¡Pero!..

RUMMEL.—Hombre, considera que... lo tomas muy á pecho.

SANDSTAD.—El chico va á hacer una excursión por el Atlántico y después volverá.

WIEGELAND.— ¡Confíe usted en Dios, señor cónsul!

RUMMEL.—Confía en tu navío, Bernick. Me parece que no es navío para irse a pique.

KRAPP.—¡Quién sabe!

RUMMEL.—¡Cá! ¡Si era un ataud flotante de esos que usan las grandes compañías!

BERNICK.— ¡Oh! Conozco que mis cabellos encanecen en este instante.

ESCENA XVII

Dichos, Sra. BERNICK

SRA. BERNICK.—*(Con manto llega por la puerta del jardín.)* ¿Lo sabes ya, lo sabes ya, Ricardo?

BERNICK.—Si, ya lo sé... ¡Pero tú, tú que nunca ves ni sabes nada; que nunca lo has vigilado como corresponde á una buena madre!..

SRA. BERNICK.—¡Oiganle!

BERNICK.—Si; lo repito. ¿Porqué no le vigilabas? ¡Ahora lo hemos perdido ya! ¡Devuélmele si puedes!

SRA. BERNICK.—En verdad, que puedo.

BERNICK.—¿Le han hallado? ¿Ha vuelto?

TODOS.—¡Oh!

HILMAR.—Ya me lo figuraba.

MARTA.—¡Pues si, Ricardo, le han hallado!

LONA.—¡Y ahora tendrás que ser digno también de tu felicidad!

BERNICK.—¿Le han hallado?... ¿De veras?... ¿Donde está?

SRA. BERNICK.— No te lo diré hasta que le hayas perdonado.

BERNICK.—¡Perdonarle!.. ¿Pero quien te ha dicho?...

SRA. BERNICK.—¿Te figuras tu que una madre no sabe penetrar las cosas? Temía atrozmente que tu lo advirtieras... Con dos ó tres palabras que se le escaparon me puse en cuidado; hallé después su habitación vacía, que su maleta y efectos habían desaparecido...

BERNICK.—Sigue, sigue.

SRA. BERNICK.—Corrí en su busca, tropeceme con Aune... Tomamos una barca de vela. El navio americano levaba anclas... á Dios gracias llegamos á tiempo: subimos al navío, registramos la cala y allí le hallamos. ¡Ricardo, no le castigues!

BERNICK.—¡Betty!

SRA. BERNICK.—¡Ni á Aune tampoco!

BERNICK.—Aune. ¿Qué ha hecho? ¿Ha salido el *Indian Girl*?

SRA. BERNICK.—No, precisamente por eso...

BERNICK.—Veamos, esplícate...

SRA. BERNICK.—Estaba tan perturbado como yo. Hemos perdido mucho tiempo en pesquisas; anocheció; el piloto hallaba dificultades y Aune ha dicho en tu nombre...

BERNICK.—¿Qué ha dicho?

SRA. BERNICK.—Que se quede anclado el navío hasta mañana.

KRAPP.—¡Hombre!

BERNICK —¡Qué dicha!

SRA. BERNICK.—¿No te enfadas por eso?

BERNICK.—No Betty, sino que soy demasiado feliz.

RUMMEL.—Eres demasiado concienzudo.

HILMAR.—Si hombre; en tratándose de luchar con los elementos, entonces... ¡Oh, Oh!

KRAPP.—Ya entra la manifestación en el jardín. señor cónsul.

BERNICK.—Ahora ya puede venir.

HILMAR.—Está el jardín lleno de gente.

SANDSTAD. También lo está la calle.

RUMMEL.—Toda la ciudad en peso está aquí, Bernick! ¡Qué hermosa fiesta!

WIEGELAND.—Gocemos de ella con humildad de corazón, señor Rummel.

RUMMEL.—Todos los estandartes se tienden... ¡Qué procesión! ¡Ah! Aquí viene la comisión de la fiesta con el vicario Rorlund á la cabeza.

BERNICK.—Dejad que vengan.

RUMMEL.—Mira, como te encuentras tan alterado...

BERNICK.—¿Qué?

RUMMEL.—No tengo inconveniente en hablar por tí.

BERNICK.—Gracias; pero ahora quiero hablar.

RUMMEL.—¿Pero sabes por ventura lo que tienes que decir?

BERNICK.—No temas Rummel; sé muy bien lo que voy á decir.

(Para de tocar la música. Abrese la puerta del jardín y entra Rorlund á la cabeza de la comisión organizadora con la que vienen algunos criados que traen una canasta tapada. Vense en la calle y en el jardín gran cantidad de banderas y estandartes.)

ESCENA XVIII

RORLUND.—Señor y muy venerable cónsul; por la sorpresa que en vuestro semblante leo, conozco que no esperabais á tales huéspedes en el círculo de vuestra apreciable familia, en vuestro tranquilo hogar, donde os rodean tantos amigos, tan probos y tan incansables en sus hermosas y buenas obras tan provechosas para todos. Pero nuestro corazón ha sentido necesidad de ofreceros humilde homenaje. No es, ciertamente, esta la primera vez que tal honor nos cabe; pero nunca tal manifestación había revestido tan grandioso carácter. Hace mucho tiempo ya, que intentábamos ofreceros un voto de gracias por el sólido apoyo moral, digámoslo así, que prestaís á nuestra sociedad. *(Voces de la muchedumbre y de Wiegeland que gritan: ¡Bravo! ¡Bravo!)*

Hoy prestamos homenaje, ante todo, al ciudadano abnegado, incansable, desinteresado y perspicaz, que ha sido el primero en trabajar en una empresa que, según las trazas, contribuirá en mucho al bienestar material y moral de nuestra sociedad. *(Voces que gritan ¡Bravo!)* Señor cónsul, durante muchos años habeis sido para nuestra población, luminoso ejemplar. No hablo ahora de vuestra conducta en familia ni de vuestra moralidad sin tacha; cosas son esas que hemos de dejar á un lado en una fiesta como la presente; sino de la actividad que ante nuestros ojos desplegais. De vuestros talleres salen navios aprestados á maravilla, que llevan nuestras banderas á los mas remotos mares. Un ejército numeroso de felices obreros os considera como padre suyo; habeis dilatado ante el comercio horizontes desconocidos; habeis ideado industrias que sustentan á cientos de familias; dicho de otra manera, sois, en toda la acepción de la palabra, la piedra angular de nuestra sociedad. *(Voces; ¡Bravo! ¡Callad! ¡Callad!)* Y lo que ha tenido tan satisfactorias consecuencias, es precisamente, el desinterés que ha sido sello de vuestra vida, principalmente durante los años últimos. En estos momentos, estais á punto de darnos, y no titubeo en pronunciar tan prosaica palabra, una vía férrea. *(Muchas voces; ¡Bravo! ¡Bravo!)* Tal empresa, verdad es, parece al primer golpe de vista presentar ciertas dificultades, cuyo origen hallaríamos con facilidad en miras estrechas y egoistas. *(Vo-*

ces: ¡Oigamos! ¡Oigamos!) Sabido es, que ciertos indivíduos, sobre todo, que no pertenecen á nuestra sociedad, han puesto en cuidado á nuestros laboriosos ciudadanos y hallado la manera de obtener grandes beneficios que podrían haber sido provechosos para nuestra población. *(Voces: sí, sí, escuchemos.)* Ya os habreis enterado, señor cónsul, de incidente tan deplorable, pero no por eso habeis cejado con noble empeño, en vuestra empresa; porque todo buen ciudadano, no debe tener en cuenta solamente el bienestar de su propia ciudad. *(Muchas voces: ¡No! ¡No! ¡Sí! ¡Sí!)* Por eso, á la vez que al ciudadano del Estado, saludamos esta noche al vecino de la ciudad, en una palabra al hombre, en su más amplia acepción. ¡Ojalá venga vuestra empresa en provecho perdurable y real de la sociedad entera! Verdad es, que la vía férrea puede abrir alguna brecha por donde lleguen hasta nosotros elementos corruptores y daños que no conocemos aún. Pero por la misma brecha saldrán con igual ligereza que entraron. Bien mirado, tales elementos corruptores ya nos han atacado; pero precisamente, en esta noche de fiesta, según he oido decir, nos hemos librado de tal peligro, antes, por fortuna, de lo que pensábamos. Yo... *(Voces, psit, psit, ssst.)* Yo considero la partida de *esa persona*, de buen agüero para el buen éxito de vuestra empresa, pues por decirlo así, demuestra que en esta casa se ponen las exigencias de la moral, muy por encima de los vínculos de familia. *(Voces: Oigamos, oigamos. Bravo.)*

BERNICK.—Permitidme que...

RORLUND —Algunas palabras más solamente, señor cónsul. Lo que habeis hecho por la ciudad, no lo habeis hecho ciertamente con la segunda intención de obtener para vos ventajas materiales. Pero no por eso rehusareis una modesta prueba del agradecimiento de vuestros ciudadanos en este momento solemne en que, según hombres expertos, comienza una nueva era. (*Muchas voces: ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Oid! ¡Oid!; Rorlund ordena con un signo á los que traen la cesta que la arrimen; lo hacen ellos. Los miembros de la comisión le ofrecen acto seguido su contenido.)* Señor cónsul, os ofrecemos un servicio de café, de plata; Ojalá pueda adornar vuestra mesa, cuando el día de mañana tengamos, como hasta aquí hemos tenido, el honor de reunirnos bajo vuestro hospitalario techo. Y vosotros tambien, señores, que habeis prestado siempre diligente ayuda á nuestro primer ciudadano, dignaos aceptar este modesto recuerdo; para vos señor Rummel, esta copa de plata. Vos que con tan a frecuencia habeis defendído con elocuentes palabras, nuestros intereses, ¡ojalá podais encontrar á menudo ocasión favorable para beber en ella! A vos, comerciante Oldsted, ofrezco este album con retratos de nuestros principales conciudadanos. Vuestra caridad harto conocida, indiscutible, os ha grangeado fácilmente, amigos en todos los partidos. A vos señor Wiegeland, os ofrezco esta Biblia impresa en papel vitela, lujosamente encuadernada para adorno de vuestro despacho. Gracias

á la bienhechora influencia de los años teneis la vida en severo concepto y vuestro trabajo se ha visto siempre ennoblecido con la idea de un más allá, con la idea del cielo. *(Volviéndose á la muchedumbre.)* Y ahora, amigos míos, ¡demos un viva al señor cónsul Bernick y á los que á su lado pelean! ¡Vivan los puntales de la Sociedad!

La muchedumbre.—¡Viva el cónsul Bernick! ¡Vivan los puntales de la Sociedad! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Lona.—Sea enhorabuena. *(Silencio profundo.)*

Bernick.—*(Con voz severa.)* Queridos conciudadanos: El orador que ha usado en vuestro nombre, de la palabra, os ha dicho que esta noche, entrábamos en una nueva era. Espero que tal aserción se verificará. Pero, pues o que así ha de suceder, debemos ante todo confesar la verdad; la verd d que ¡por desgracia! no ha dirigido hasta hoy en ocasión alguna, nuestros actos. Confieso que yo mismo, no he trabajado siempre solo en interés vuestro; ahora advierto que el deseo de aumentar mi importancia y la consideración de que soy objeto, ha sido el fin de la mayor parte de mis actos.

Rummel.—*(En voz baja.)* ¿Como se entiende?

Bernick.—A pesar de eso, no me lo repruebo, porque aún me considero digno de colocarme aquí entre aquellos mis conciudadanos que más útiles han sido á la población. *(Muchas voces: Sí, Sí.)* Pero lo que me remuerde la conciencia es el haber tenido á menudo la debilidad de andar por torcidos caminos, porque conocia vuestras

preferencias y porque temía que atribuyerais móviles ocultos á mis empresas. Ahora voy al objeto que me propongo.

RUMMEL.—*(Alterado)* ¡Buena la hicimos!

BERNICK.—Ha corrido por la ciudad el rumor de la compra de vastos terrenos. El que ha comprado esos terrenos, no es otro sino yo. *(Voces apagadas: ¿Cómo? ¿El cónsul? ¿El cónsul Bernick?)*. Yo soy al presente, su poseedor único. Claro está, que mis colaboradores estan interesados en este negocio: el señor Rummel, Oltsted y Wiegeland, y nos hemos puesto de acuerdo para...

RUMMEL.—¡No es cierto! ¡Pruebas! ¡Pruebas!

WIEGELAND.—¡No hay tal convenio entre nosotros!

SANDSTADT.—¡Esto es atroz!

BERNICK.—Muy bien. Puesto que, no hay convenio alguno entre nosotros, espero que los señores no hallarán inconveniente en que yo ofrezca esos terrenos para una lotería cuyos billetes se tomaran al precio de coste. *(Muchas voces: ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva el cónsul Bernick!)*

RUMMEL.—*(En voz baja á Bernick.)* ¡Tan baja traición solo puede!...

SANDSTADT.—¡Llevarnos asi, á la fuerza! ..

WIEGELAND.—¡Mal demonio le lleve!... *(Arrepentido de lo que acaba de decir.)* Señor Dios mío, ¿que estoy diciendo?

BERNICK.—No aplaudan señores, no tengo derecho alguno á vuestra veneración, pues que esa determinación acabo de tomarla ahora. Mi primera intención, fué quedar-

me con todo. No obstante, yo sigo creyendo que sacaríamos más partido de esas propiedades si pertenecieran á uno solo. A vosotros toca decir. Yo me hallo dispuesto si vosotros quereis, á administrarlos lo mejor que pueda. *(Voces: ¡Sí, sí!)* Pero, es preciso antes, que comienzen á conocerme mis conciudadanos. Este momento es propicio para hacer examen de conciencia. Hoy comienza una nueva era. El pasado, lleno de hipocresía, de mentiras, de fingida honestidad, de engañadoras conveniencias, no será, de hoy en adelante, para nosotros, sinó un museo abierto para enseñanza de todos; á ese museo le ofrecemos, este servicio de café, esta copa, este album, y esta biblia impresa en papel vitela lujosamente encuadernada. ¿No es eso señores?

RUMMEL.—Claro está.

WIGELAND.—*(Entre dientes)* Pero tiene usted la...

SANDSTADT.—Haga usted el favor de...

BERNICK.—Y ahora quiero dar cuenta de mis actos á la sociedad. Han dicho que esta noche se han alejado de nosotros elementos perversos, á ello puedo añadir un dato no conocido seguramente: el hombre á quien se aludía al decir eso, no se ha marchado solo; va acompañado de su prometida.

LONA.—Dina Dorf.

RORLUND.—¿Como?

SRA. BERNICK.—¿Que estás diciendo? *(Mucho alboroto en la muchedumbre.)*

RORLUND.—¡Raptada!... ¡Se ha ido .. con él!... ¡No puede ser!

BERNICK.—Pronto será su esposa; señor vicario; pero aun me queda algo que confesaros. *(En voz baja)* Betty, armate de valor y escucha bien lo que voy á decir. *(En alta voz)* Señores, descubríos ante *aquel* hombre porque él ha cargado valerosamente con la responsabilidad de los delitos de otro. Queridos conciudadauos, quiero poner fin á esa mentira, porque la mentira estaba ya á punto de penetrar por todo mi ser. Vais á saberlo todo. El autor de los delitos que se cometieron, hace quince años, .soy yo!

SRA. BERNICK.—*(En voz baja y balbuciente.)* ¡Ricardo!

MARTA.—*(Meditabunda)* ¡Oh Johann!...

LONA.—¡Por fin; ese eres tu!

(Estupefacción en los circunstantes.)

BERNICK.—Si; queridos conciudadanos, siendo yo el culpable, él ha sido el desterrado. No es posible aniquilar ahora las mentiras calumniosas que después se han esparcido; pero yo confieso avergonzado que ellas me sirvieron de pedestal durante quince años. Si hoy ocasionan mi caída, al menos os será de saludable ejemplo.

RORLUND —¡Que golpe tan terrible! ¡Nuestro primer ciudadano! *(A la señora Bernick.)* ¡Como me compadezco de usted, señora!

HILMAR.—¡Semejante confesión!... ¡Ea!

BERNICK.—Pero no tomemos determinación alguna, por esta noche. Volveos á vuestras casas, y reflexionad sosegados. Cuando recupereis sosiego ya veremos si, con mi confesión, he perdido ó he ganado en vuestro concepto. ¡Hasta la vista! De algunas cosas

más tengo que arrepentirme, pero esas incumben solo á mi conciencia. ¡Buenas noches! Quitad esas señales de fiesta; estamos todos convencidos de que están de más ahí.

RORLUND.—No por cierto. *(A la señora Bernick.)* Dina ¡era enteramente indigna de mí! *(A la comisión organizadora.)* Veo, caballeros, que después de este incidente, lo mejor que podemos hacer, es retirarnos.

HILMAR.—Y ahora como podremos enarbolar la bandera intelectual... ¡Oh, oh! *(Andan de boca en boca las confesiones de Bernick, y la muchedumbre sale lentamente por el jardín. Oldsted, Wiegeland y Rummel se van también, después de hablar unas palabras. En el salón quedan silenciosos los miembros de la familia y el señor Krapp.)*

ESCENA XIX.

BERNICK, Sra. BERNICK.

BERNICK.—¿Me perdonarás algun día, Betty?

SRA. BERNICK.—*(Sonriéndose)* ¿No sabes que acabas de ponerme ante los ojos, risueñas perspectivas para lo porvenir?

BERNICK.—¿Como así?

SRA. BERNICK.—Porque estuve creyendo mucho tiempo que te poseía; después, que volví á perderte, pero ahora comprendo que nunca me habías pertenecido, pero que ahora serás mío.

BERNICK.— *(Abrazándola)* ¡Betty, soy tuyo!

Gracias á Lona, he llegado á conocerte. Ahora puede ya venir Olaf.

Sra. Bernick.—Si; viene enseguida... Señor Krapp. *(Habla en voz baja con Krapp, y sale este. Poco á poco van apagándose transparentes y luces.)*

ESCENA XX.

BERNICK, Srta. LONA.

Bernick.—Gracias Lona; me has salvado y has salvado lo mejor que había en mí.

Lona.—¿Podía yo desear algo más?

Bernick.—¡Quien sabe! No acabo de comprender claramente tus propósitos.

Lona.—¡Ya!

Bernick.—¿Por qué volvistes? ¿Fué por odio por afán de vengarte?

Lona.—Es que un antiguo amor no se olvida así como así.

Bernick.—¡Lona!

Lona.—Y cuando Johann me confesó por fin, la verdad, yo hice juramento para mis adentros, de hacer que el héroe ideal de mi juventud, volviera al buen camino.

Bernick.—¡Y que, pudo valerme tal solicitud, á mí tan indigno de ella!

Lona.—¡Es que nosotras, las mujeres, no nos fijamos en que lo merezcais ó no!

ESCENA XXI.

BERNICK, OLAF, AUNE.

BERNICK.—¡Olaf!

OLAF.—Padre mío .. te prometo que nunca más...

BERNICK.—Que nunca más me escaparé. ¿No es eso?

OLAF —Si padre; te lo prometo.

BERNICK.—Y yo te prometo, que nunca más tendrás motivo para hacerlo. Desde hoy, no te consideraré como á mi heredero, como el continuador de mi obra; sino que te trataré como á joven libre, llamado á escoger libremente su carrera.

OLAF.—¿Puedo escoger la carrera que quiera?

BERNICK.—Puedes hacerlo.

OLAF.—Gracias, padre. Pues bien... Mira .. yo no quiero llegar á ser... puntal de la sociedad.

BERNICK.—¡No! ¿Por qué?

OLAF.—Porque... porque me parece que debe ser cosa muy dificultosa.

BERNICK.—Es verdad, Olaf; basta con que seas un hombre honrado. Por lo demás eso será lo que Dios quiera...y tu Aune...

AUNE.—Yo, señor cónsul, ya se que estoy despedido.

BERNICK.—No, Aune; tu te quedas aquí conmigo; y perdóname que...

AUNE.—¡Pero si el navío no sale esta noche!

BERNICK.—Ni mañana tampoco saldrá; se había dado á usted muy poco tiempo. Tendrán que examinarlo cuidadosamente y hacer las reparaciones que sean necesarias.

AUNE.—Se hará como usted manda, señor cónsul, y ahora con las máquinas nuevas.

BERNICK.—Está bien, Aune. Cuidadosamente y á conciencia. En esta casa hay muchas cosas que necesitan de grandes reparaciones. ¡Buenas noches, Aune!

AUNE.—Buenas noches señor cónsul; y muchas gracias. ¡Que Dios se lo pague! *(Váse por la derecha.)*

ESCENA XXII.

LONA.—¡Ya se fueron todos!

BERNICK.—Quedamos solos. Ya no resplandece mi nombre en letras de fuego; todas las luces de las ventanas están apagadas.

LONA.—¿Te gustaría que estuvieran encendidas?

BERNICK.—¡Por nada del mundo! Os estremeceríais de terror si supieras hasta que punto iba á encenagarme. Paréceme que estoy curando de algún duradero envenenamiento y que vuelven á mí la calma y el sosiego y que llegaré á ponerme bien del todo y á rejuvenecerme. ¡Oh! Acercaos mas á mí! ¡Estrechaos todos á mi alrededor! ¡Ven tu, Betty! ¡Ven tu Olaf, hijo mío! ¡Y tu Marta!

Me está pareciendo que he estado muchos años sin verte.

LONA.—Ya lo creo. Vuestra sociedad es sociedad de comerciantes; no hace caso de as mujeres.

BERNICK.—Tienes razón, Lona, tu también te quedarás aquí con Betty y conmigo.

SRA. BERNICK.—Si, Lona; aquí con nosotros.

LONA.—¿Y como quereis que me eche encima el cargo de conciencia de abandonaros, si sois, Betty y tu, dos jóvenes que acabais de conoceros apenas? ¿Acaso no soy, por vocación, madre adoptiva?... Marta, tu y yo somos las dos ancianas tías que... ¿Pero que estás mirando?

MARTA.—¡Estoy mirando como se aclara el cielo y brilla sobre el mar! Buena suerte tiene el *Palmier*.

LONA.—Si, porque en él va la felicidad.

BERNICK.—A nosotros nos espera un porvenir de trabajo largo y formal, sobretodo á mí. Pero no me asusto por eso, porque vosotros todos, tan leales y sinceros, unireis vuestro esfuerzo al mío. Otra verdad acabo de aprender: que las mujeres son los puntales de la sociedad.

LONA.—¿Quien te ha enseñado tal doctrina? *(Poniéndole una mano en el hombro.)* No, sino, la libertad y la sinceridad. ¡Esos son los verdaderos puntales de la sociedad!

TELÓN

ERRATA IMPORTANTE

En la escenografía del primer acto se ha dejado, por descuido involuntario, un párrafo que dice:

«Dos puertas á la derecha y una á la izquierda».

Para evitar la confusión que pudiera ocasionar, advertimos que dicho párrafo debe darse por suprimido.

OBRAS COMPLETAS DE IBSEN

I.—HALVARD SOLNESS
II.—HEDDA GABLER
III. LOS PUNTALES DE LA SOCIEDAD

EN PRENSA

IV.—UN ENEMIGO DEL PUEBLO

De todas estas obras se han hecho tirajes especiales sobre papel de hilo, que se venden á 3'50 pesetas ejemplar.

LOS PEDIDOS Y ENCARGOS Á NOMBRE DE

ANTONIO PALAU

Buensuceso, 13

Libreria de Lance

